

TIEMPO DE PASCUA

¡ALELUYA, CRISTO
HA RESUCITADO!



REFLEXIONES

Lunes, 13 de abril. Evangelio Mt 28, 8-15

Después de escuchar las palabras del ángel, las mujeres se alejaron a toda prisa del sepulcro y, llenas de temor y de gran alegría, corrieron a dar la noticia a los discípulos. Pero de repente Jesús les salió al encuentro y las saludó. Ellas se le acercaron, le abrazaron los pies y lo adoraron. Entonces les dijo Jesús: “No tengan miedo. Vayan a decir a mis hermanos que se dirijan a Galilea. Allí me verán”.

Mientras las mujeres iban de camino, algunos soldados de la guardia fueron a la ciudad y dieron parte a los sumos sacerdotes de todo lo ocurrido. Éstos se reunieron con los ancianos, y juntos acordaron dar una fuerte suma de dinero a los soldados, con estas instrucciones: “Digan: ‘Durante la noche, estando nosotros dormidos, llegaron sus discípulos y se robaron el cuerpo’. Y si esto llega a oídos del gobernador, nosotros nos arreglaremos con él y les evitaremos cualquier complicación”.

Ellos tomaron el dinero y actuaron conforme a las instrucciones recibidas. Esta versión de los soldados se ha ido difundiendo entre los judíos hasta el día de hoy.



Reflexión, Mt 28, 8-15

Las mujeres se fueron del sepulcro y regresaron alegres, viendo de una manera positiva la tumba vacía; habían ido a velar a un muerto, pero al darse cuenta que era todo lo contrario, iban a anunciar la resurrección de Jesús. Fue real lo que los ángeles anunciaron cuando en el camino se encuentran a Jesús y lo confirman; y les anuncia su nueva misión.

Él invita a sus discípulos a que vayan a Galilea y que ahí "lo verán ", al igual que nos invita a todos nosotros. "Galilea" es nuestra comunidad, nuestra familia, nuestra iglesia, nuestra escuela, nuestros vecinos, nuestro lugar de trabajo y en todo momento en el que sentimos la presencia de Jesús. Al orar, yo siento la presencia de Jesús y al hacerlo con más frecuencia, los momentos en Su presencia han aumentado en mí y en los míos.

Cuando medito en la Oración, recuerdo mis momentos felices desde los más simples hasta los más complejos. Me doy cuenta de que Él siempre está a mi lado y al hacerlo, aumenta mi amor y a la vez gana terreno en mí Su Resurrección.

Luego del huracán María y el terremoto, he visto cómo se refleja en los ciudadanos que vivimos y nacimos en esta tierra, la Resurrección de Jesús. Con la colaboración de todos nunca estamos solos, Él siempre está con nosotros.

Martes, 14 de abril. Evangelio Jn 20, 11-18

El día de la resurrección, María se había quedado llorando junto al sepulcro de Jesús. Sin dejar de llorar, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados en el lugar donde había estado el cuerpo de Jesús, uno en la cabecera y el otro junto a los pies. Los ángeles le preguntaron: “¿Por qué estás llorando, mujer?” Ella les contestó: “Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo habrán puesto”.

Dicho esto, miró hacia atrás y vio a Jesús de pie, pero no sabía que era Jesús. Entonces él le dijo: “Mujer, ¿por qué estás llorando? ¿A quién buscas?” Ella, creyendo que era el jardinero, le respondió: “Señor, si tú te lo llevaste, dime dónde lo has puesto”. Jesús le dijo: “¡María!” Ella se volvió y exclamó: “¡Rabuní!”, que en hebreo significa ‘maestro’. Jesús le dijo: “Déjame ya, porque todavía no he subido al Padre. Ve a decir a mis hermanos: ‘Subo a mi Padre y su Padre, a mi Dios y su Dios’ ”.

María Magdalena se fue a ver a los discípulos para decirles que había visto al Señor y para darles su mensaje.

Reflexión, Jn 20, 11-18

El Señor siempre cumple su palabra. Tal y como lo había comunicado a sus discípulos, resucitó al tercer día. Siempre, después de una gran prueba o sufrimiento, viene la esperanza. Dios permite que experimentemos el camino de la cruz, para purificarnos y acercarnos más a la santidad; sólo así seremos redimidos. Así como lo hizo nuestro Maestro, con su ejemplo de obediencia y sujeción completa a la voluntad del Padre, nosotros también seremos inmensamente bendecidos..., pues luego del dolor de la Cruz siempre seremos recompensados con una inmensidad de gracias santificantes.

Aceptemos el reto que nos propone Jesucristo, “el que quiera venir en pos de mí, que tome su cruz y me siga “. Seamos valientes y carguemos nuestras cruces de cada día con serenidad, confianza, pero sobre todo, con esperanza.



Miércoles, 15 de abril, Evangelio Lc 24, 13-35

El mismo día de la resurrección, iban dos de los discípulos hacia un pueblo llamado Emaús, situado a unos once kilómetros de Jerusalén, y comentaban todo lo que había sucedido.

Mientras conversaban y discutían, Jesús se les acercó y comenzó a caminar con ellos; pero los ojos de los dos discípulos estaban velados y no lo reconocieron. Él les preguntó: “¿De qué cosas vienen hablando, tan llenos de tristeza?”

Uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: “¿Eres tú el único forastero que no sabe lo que ha sucedido estos días en Jerusalén?” Él les preguntó: “¿Qué cosa?” Ellos le respondieron: “Lo de Jesús el nazareno, que era un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo. Cómo los sumos sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él sería el libertador de Israel, y sin embargo, han pasado ya tres días desde que estas cosas sucedieron. Es cierto que algunas mujeres de nuestro grupo nos han desconcertado, pues fueron de madrugada al sepulcro, no encontraron el cuerpo y llegaron contando que se les habían aparecido unos ángeles, que les dijeron que estaba vivo. Algunos de nuestros compañeros fueron al sepulcro y hallaron todo como habían dicho las mujeres, pero a él no lo vieron”.

Entonces Jesús les dijo: “¡Qué insensatos son ustedes y qué duros de corazón para creer todo lo anunciado por los profetas! ¿Acaso no era necesario que el Mesías padeciera todo esto y así entrara en su gloria?” Y comenzando por Moisés y siguiendo con todos los profetas, les explicó todos los pasajes de la Escritura que se referían a él.

Ya cerca del pueblo a donde se dirigían, él hizo como que iba más lejos; pero ellos le insistieron, diciendo: “Quédate con nosotros, porque ya es tarde y pronto va a oscurecer”. Y entró para quedarse con ellos. Cuando estaban a la mesa, tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él se les desapareció. Y ellos se decían el uno al otro: “¡Con razón nuestro corazón ardía, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras!”

Se levantaron inmediatamente y regresaron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, los cuales les dijeron: “De veras ha resucitado el Señor y se le ha aparecido a Simón”. Entonces ellos contaron lo que les había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Reflexión, Lc 24, 13-35

Los discípulos han hecho camino con Jesús; pero mientras el camino de Jesús tiene por meta final llevar a cumplimiento el designio de salvación del Padre, el camino de los discípulos termina en decepción, tristeza y frustración, “esperábamos que él (Jesús Nazareno) sería el liberador de Israel” (21); la vida, pasión, muerte y resurrección del Maestro todavía no son una alternativa de camino para el discípulo (19,22-24).

Este es el momento propicio que aprovecha el Resucitado para comenzar a rectificar el camino del discípulo; y lo hace a partir de dos elementos: el primero tiene su fundamento en la Escritura, por eso parte de ella y la explica punto por punto hasta que ellos la entienden. El segundo elemento es la parte vivencial de la Escritura que ya Jesús había puesto en práctica a lo largo de su vida y que quiso simbolizar con el gesto del compartir la mesa; aquí la comparte con dos de los discípulos, pero durante su vida la compartió con toda clase de hombres y mujeres.

Con toda seguridad, en cada ocasión tuvo que haber realizado algo, algún signo, alguna palabra que de un modo u otro le daba al compartir de la mesa una dimensión nueva que iba más allá del simple gesto de consumir unos alimentos; pues bien, eso es lo que ahora “abre” los ojos de los discípulos, lo reconocen y ahora sí manifiestan lo que producía en ellos la explicación de la Escritura: el ardor, la fuerza de la gracia. Necesitaban ver también el signo de la mesa/pan, para entenderlo todo y salir corriendo a contarlo a los demás.



Jueves, 16 de abril, Evangelio Lc 24, 35-48

Cuando los dos discípulos regresaron de Emaús y llegaron al sitio donde estaban reunidos los apóstoles, les contaron lo que les había pasado en el camino y cómo habían reconocido a Jesús al partir el pan.

Mientras hablaban de esas cosas, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: “La paz esté con ustedes”. Ellos, desconcertados y llenos de temor, creían ver un fantasma. Pero él les dijo: “No teman; soy yo. ¿Por qué se espantan? ¿Por qué surgen dudas en su interior? Miren mis manos y mis pies. Soy yo en persona, tóquenme y convénzanse: un fantasma no tiene ni carne ni huesos, como ven que tengo yo”. Y les mostró las manos y los pies. Pero como ellos no acababan de creer de pura alegría y seguían atónitos, les dijo: “¿Tienen aquí algo de comer?” Le ofrecieron un trozo de pescado asado; él lo tomó y se puso a comer delante de ellos.

Después les dijo: “Lo que ha sucedido es aquello de que les hablaba yo, cuando aún estaba con ustedes: que tenía que cumplirse todo lo que estaba escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos”.

Entonces les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras y les dijo: “Está escrito que el Mesías tenía que padecer y había de resucitar de entre los muertos al tercer día, y que en su nombre se había de predicar a todas las naciones, comenzando por Jerusalén, la necesidad de volverse a Dios para el perdón de los pecados. Ustedes son testigos de esto”.

Reflexión, Lc 24, 35-48

Poco a poco toda la comunidad de discípulos se va “contagando” de la fe en la resurrección. Esta nueva aparición de Jesús nos da una idea de que éste fue un proceso que comenzó con unos cuantos o cuantas, hasta llegar a convertirse en una vivencia de tipo comunitario.

Seguramente fue necesario experimentar las dudas, el temor, el sentimiento de frustración y de derrota; por eso esas primeras experiencias de fe en la Resurrección y de adhesión total al Resucitado son confusas. Creían estar viendo a un fantasma. Sin embargo, el Resucitado no se rinde, es comprensivo con sus discípulos y por eso, de nuevo, como en el pasaje de Emaús, recurre a la Escritura y les abre las mentes para que entiendan. Y una vez más utiliza el símbolo de la comida.

Así la comunidad de discípulos termina todo un proceso formativo, recordando las palabras y los signos del Maestro durante su vida pública. Ellos y ellas quedan ahora habilitados para ser testigos en todo el mundo, comenzando por Jerusalén.



Viernes, 17 de abril, Evangelio Jn 21, 1-14

En aquel tiempo, Jesús se les apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Se les apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás (llamado el Gemelo), Natanael (el de Caná de Galilea), los hijos de Zebedeo y otros dos discípulos. Simón Pedro les dijo: “Voy a pescar”. Ellos le respondieron: “También nosotros vamos contigo”. Salieron y se embarcaron, pero aquella noche no pescaron nada.

Estaba amaneciendo, cuando Jesús se apareció en la orilla, pero los discípulos no lo reconocieron. Jesús les dijo: “Muchachos, ¿han pescado algo?” Ellos contestaron: “No”. Entonces él les dijo: “Echen la red a la derecha de la barca y encontrarán peces”. Así lo hicieron, y luego ya no podían halar la red por tantos pescados.

Entonces el discípulo a quien amaba Jesús le dijo a Pedro: “Es el Señor”. Tan pronto como Simón Pedro oyó decir que era el Señor, se anudó a la cintura la túnica, pues se la había quitado, y se tiró al agua. Los otros discípulos llegaron en la barca, arrastrando la red con los pescados, pues no distaban de tierra más de cien metros.

Tan pronto como saltaron a tierra, vieron unas brasas y sobre ellas un pescado y pan. Jesús les dijo: “Traigan algunos pescados de los que acaban de pescar”. Entonces Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red, repleta de pescados grandes. Eran ciento cincuenta y tres, y a pesar de que eran tantos, no se rompió la red. Luego les dijo Jesús: “Vengan a almorzar”. Y ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ‘¿Quién eres?’, porque ya sabían que era el Señor. Jesús se acercó, tomó el pan y se lo dio y también el pescado.

Ésta fue la tercera vez que Jesús se apareció a sus discípulos después de resucitar de entre los muertos.

Reflexión, Jn 21, 1-14

El Evangelio nos está invitando a que reconozcamos cuál es la misión de la Iglesia y su Pastor. Con rico simbolismo nos recalca la misión evangelizadora de la Iglesia y la de Pedro. Así, Papa Francisco nos invita a salir a Evangelizar.

“La Barca” es el símbolo de la Iglesia, y Jesús invita a sus discípulos a tirar las redes sin miedo. También nos da las directrices de escuchar el llamado de tirarlas y cuando hacemos caso de ese llamado y escuchamos, nos damos cuenta de que sin Su ayuda no logramos nada.

Como los Apóstoles, que pasaron la noche sin pescar, debemos estar atentos a ese llamado y a la invitación para poder lograr esa pesca milagrosa (152 peces). Al igual que Pedro y los discípulos, debemos llevar la barca hacia la orilla, y aunque la pesca sea pesada, la red no se romperá. Esto nos enseña que la Iglesia tiene la capacidad de ver, escuchar y ejecutar el llamado que el Señor nos hace en la Eucaristía, que es su cuerpo y su sangre. Debemos participar y no ser meros espectadores y aunque seamos una gran multitud, Él nos mantendrá unidos si evangelizamos con amor, fe y mucha oración.

Cuando mi esposo enfermó, tuve la experiencia de que cuando yo clamaba con toda mi fe, Él siempre me escuchaba. Ahora doy testimonio de que siempre estuvo con nosotros cuando acudimos a Él con fe y en oración. Seamos esa Iglesia evangelizadora a la que Él nos invita y no tengamos miedo. Adelante, evangelicemos.

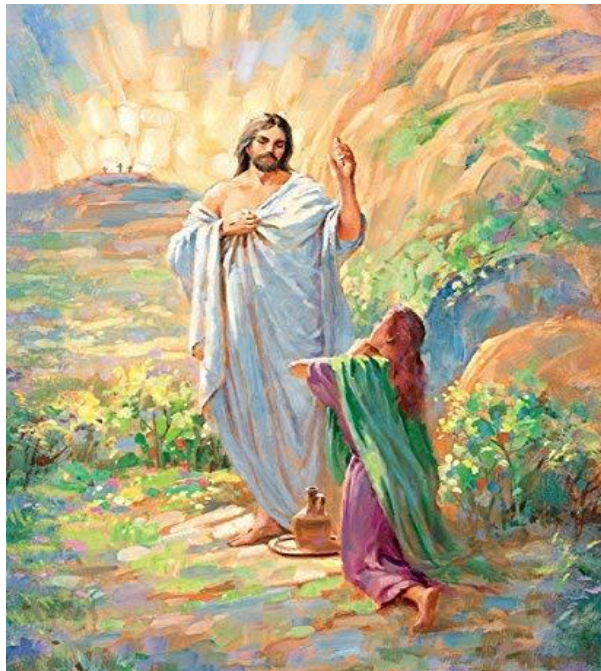


Sábado, 18 de abril, Evangelio Mc 16, 9-15

Habiendo resucitado al amanecer del primer día de la semana, Jesús se apareció primero a María Magdalena, de la que había arrojado siete demonios. Ella fue a llevar la noticia a los discípulos, los cuales estaban llorando, agobiados por la tristeza; pero cuando la oyeron decir que estaba vivo y que lo había visto, no le creyeron.

Después de esto, se apareció en otra forma a dos discípulos, que iban de camino hacia una aldea. También ellos fueron a anunciarlo a los demás; pero tampoco a ellos les creyeron.

Por último, se apareció Jesús a los Once, cuando estaban a la mesa, y les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón, porque no les habían creído a los que lo habían visto resucitado. Jesús les dijo entonces: "Vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio a toda creatura".



Reflexión Mc 16, 9-15

La Resurrección de Cristo... es el final de su pasión y muerte, le da el triunfo y nos enseña que nosotros también debemos resucitar a la nueva vida que Él nos brinda y a no ser incrédulos. Los tres relatos de las apariciones de Jesús nos enseña ...que la incredulidad y la misión son los temas dominantes en el evangelio de Marcos 16, 9-15.

Pero no nos quedemos sólo en el texto. Meditemos lo que dice, expresemos nuestras propias experiencias y miremos qué nos enseñan estos relatos. ¿Compartimos con gusto el amor de Jesús? ¿Somos capaces de dar esperanza a otros cuando nos sentimos seguros de su presencia en nuestras vidas? ¿Corremos como las mujeres del primer relato del evangelio a llevar la Nueva del Resucitado a cada uno de nuestros hermanos? ¿Con cuanta frecuencia nos asaltan las dudas y nuestra fe tambalea cuando miramos la incredulidad de nuestros hermanos? Muchos de nosotros hacemos como los Apóstoles que salen corriendo a corroborar esa nueva noticia de fe... Y cuando llegan al sepulcro encuentran las vendas y el sudario en el piso. Es entonces que creen... Jesús les dice: "Vayan por el mundo y prediquen el Evangelio a toda creatura." Así, nosotros somos enviados a llevar la Nueva del Resucitado a todos los que no la conocen. La Iglesia es la evangelizadora. Pidamos a Jesús que nos ayude a llevar esa nueva noticia. Seamos evangelizadores y demos testimonio de la presencia de Jesús en nuestras vidas y seamos crédulos y no dudemos. Dios nos envía a evangelizar.

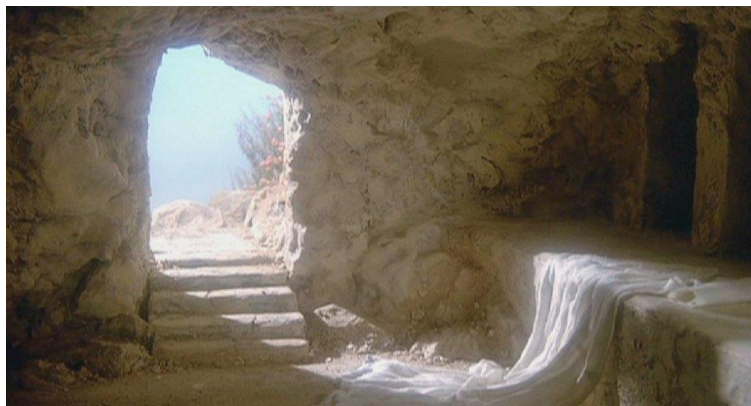
Domingo, 19 de abril, Evangelio Jn 20, 19-31

De nuevo les dijo Jesús: “La paz esté con ustedes. Como el Padre me ha enviado, así también los envío yo”. Después de decir esto, sopló sobre ellos y les dijo: “Reciban el Espíritu Santo. A los que les perdonen los pecados, les quedarán perdonados; y a los que no se los perdonen, les quedarán sin perdonar”.

Tomás, uno de los Doce, a quien llamaban el Gemelo, no estaba con ellos cuando vino Jesús, y los otros discípulos le decían: “Hemos visto al Señor”. Pero él les contestó: “Si no veo en sus manos la señal de los clavos y si no meto mi dedo en los agujeros de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré”.

Ocho días después, estaban reunidos los discípulos a puerta cerrada y Tomás estaba con ellos. Jesús se presentó de nuevo en medio de ellos y les dijo: “La paz esté con ustedes”. Luego le dijo a Tomás: “Aquí están mis manos; acerca tu dedo. Trae acá tu mano, métela en mi costado y no sigas dudando, sino cree”. Tomás le respondió: “¡Señor mío y Dios mío!” Jesús añadió: “Tú crees porque me has visto; dichosos los que creen sin haber visto”.

Otros muchos signos hizo Jesús en presencia de sus discípulos, pero no están escritos en este libro. Se escribieron éstos para que ustedes crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengan vida en su nombre.



Reflexión, Jn 20, 19-31

Este evangelio nos sitúa ante el acontecimiento más importante de la historia de la humanidad, la Resurrección. También nos lleva a profundizar en la fe a través de Tomás, uno de sus protagonistas, porque pone en evidencia su carácter dudoso y fácil al desánimo. Le decían “el mellizo”, algunos piensan que aludiendo a que podemos ser mellizos con él por la debilidad de nuestra fe.

Admito que a veces descubro en mí cierto parecido con Tomás. Me consuela saber que Jesús no veía en él a un escéptico indiferente, sino a un hombre en busca de la verdad; entiende sus dudas, quiere ayudarlo, siente compasión, sabe que Tomás todavía no goza de la paz que viene de la fe, la fe aceptada como don y acto de confianza. Por eso lo satisface plenamente.

Una periodista de CNN entrevistó a una persona, que junto a su hijo incapacitado, se encontraba en uno de los refugios para damnificados de los terremotos de enero en el suroeste, y comentó: “Dios no me está escuchando”. Este pasaje dice: “Jesús se puso en medio”, expresión llena de significado, Él está siempre en el centro de la vida y de todo acontecimiento. Está ahí para llenarnos de su Espíritu.

El amor de Jesús debe encontrar en nosotros la valentía de dejarnos envolver en su misericordia, no importa los acontecimientos negativos que nos rodeen. Necesitamos experimentar en nuestras comunidades un nuevo inicio, a partir de la presencia viva de Jesús. Debemos pedirle en nuestras oraciones que el miedo no cierre las puertas de nuestro corazón a la alegría de la Resurrección, a pesar de los signos de muerte que veamos a nuestro alrededor.

Lunes, 20 de abril, Evangelio Jn 3, 1-8

Había un fariseo llamado Nicodemo, hombre principal entre los judíos, que fue de noche a ver a Jesús y le dijo: “Maestro, sabemos que has venido de parte de Dios, como maestro; porque nadie puede hacer los signos que tú haces, si Dios no está con él”.

Jesús le contestó: “Yo te aseguro que quien no renace de lo alto, no puede ver el Reino de Dios”. Nicodemo le preguntó: “¿Cómo puede nacer un hombre siendo ya viejo? ¿Acaso puede, por segunda vez, entrar en el vientre de su madre y volver a nacer?”

Le respondió Jesús: “Yo te aseguro que el que no nace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios. Lo que nace de la carne, es carne; lo que nace del Espíritu, es espíritu. No te extrañes de que te haya dicho: ‘Tienen que renacer de lo alto’. El viento sopla donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así pasa con quien ha nacido del Espíritu”.



Reflexión, Jn 3, 1-8

En este evangelio, Juan nos enfatiza, a través del diálogo entre Jesús y Nicodemo, la suma importancia del Bautismo. Igual que nacemos a la vida humana, por medio del Bautismo, nacemos a la vida del Espíritu al convertirnos en cristianos. El Bautismo nos hace partícipes de la gracia de Dios como hijos suyos y herederos de Su Reino. Al recibir este Sacramento siendo pequeños, no pudimos comprender la importancia del mismo. Por eso tenemos ocasiones, ya de adultos, de reflexionar sobre eso y renovar las promesas que nuestros padrinos hicieron por nosotros ese día.

En este pasaje constatamos que no podemos razonar las cosas de Dios con la mente, sino que tenemos que invocar al Espíritu Santo para recibir su sabiduría y su entendimiento. Solamente así podemos obtener el gusto y conocimiento de las cosas del Espíritu para vivir una vida plena afianzada en la Fe, la Esperanza y la Caridad. "Ilumina el mundo con La Luz del Evangelio reflejada en tu vida". Esta debe ser nuestra misión en la vida: acercar a otras personas a vivir la vida del Espíritu a través de nuestro ejemplo, pero también compartiendo la Palabra del Evangelio la cual se nos exhorta a proclamar, insistiendo a tiempo y destiempo.

Personalmente trato de hacer esto a diario a través de las redes sociales, usando a FB como medio de Evangelización e invitando a las personas a unirse en oraciones, reflexiones y meditaciones de la Palabra de Dios. De este modo contribuyo a que muchos de mis amigos y amigas que me siguen conozcan la riqueza que esto aporta a su vida espiritual. CER

Martes, 21 de abril, Evangelio Jn 3, 7-15

En aquel tiempo, Jesús dijo a Nicodemo: “No te extrañes de que te haya dicho: ‘Tienen que renacer de lo alto’. El viento sopla donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así pasa con quien ha nacido del Espíritu”. Nicodemo le preguntó entonces: “¿Cómo puede ser esto?”

Jesús le respondió: “Tú eres maestro de Israel, ¿y no sabes esto? Yo te aseguro que nosotros hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto, pero ustedes no aceptan nuestro testimonio. Si no creen cuando les hablo de las cosas de la tierra, ¿cómo creerán si les hablo de las celestiales? Nadie ha subido al cielo sino el Hijo del hombre, que bajó del cielo y está en el cielo. Así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea en él tenga vida eterna”.



Reflexión, Jn 3, 7-15

La lectura de este día tomada del Evangelio según San Juan, recoge una conversación entre Jesús y Nicodemo, fariseo, miembro del sanedrín. “Hay que renacer de lo alto”, le dice Jesús, y compara la certeza de la presencia del Espíritu con el viento, que reconocemos su presencia por los efectos en nosotros. Nicodemo, maestro de la Ley, no entiende, ¿cómo puede ser esto?, pregunta. Jesús le contesta: “Yo te aseguro que nosotros hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto.”

Para sentir y reconocer la presencia del Espíritu en nosotros hay que nacer de nuevo. Hay que ver la realidad con nuevos ojos, no sólo lo que físicamente vemos sino fijar todos nuestros sentidos en lo que rodea esa realidad y trascenderla reconociendo que la presencia de Dios está en todo y en todo momento. Experimentar esto en mi vida no se dio de un día para otro. Fue la gracia de mi Señor que me fue llevando, paso a paso, lentamente, a conocerme mejor, a reconocer Su Presencia en mí, a amarle y dejarme amar por Él.

Momentos felices, tristes, de enfermedad, preocupación, júbilo, temor, angustia, etc. puedo vivirlos con un sentido diferente y siempre con agradecimiento profundo. A través de ellos me conozco mejor, me acerco más a Jesús, puedo ponerlos al servicio de los demás, ofrecerlos por los que sufren, y cuando son más de lo que en un momento dado puedo manejar, digo, como decía San Ignacio, “Dame tu amor y tu gracia que esto me basta”. JO

Miércoles, 22 de abril, Evangelio Jn 3, 16-21

“Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salvara por él. El que cree en él no será condenado; pero el que no cree ya está condenado, por no haber creído en el Hijo único de Dios.

La causa de la condenación es ésta: habiendo venido la luz al mundo, los hombres prefirieron las tinieblas a la luz, porque sus obras eran malas. Todo aquel que hace el mal, aborrece la luz y no se acerca a ella, para que sus obras no se descubran. En cambio, el que obra el bien conforme a la verdad, se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios”.



Reflexión, Jn 3, 16-21

En este evangelio nuestro buen Padre Dios manifiesta, de manera impresionante, su gran amor por la humanidad; y en ese gran amor nos conmueve dramáticamente. Sólo Dios sacrificó a su Hijo para que fuésemos herederos del Cielo. Herederos de una vida eterna y maravillosa, donde el amor, el gozo y la eterna alegría permanecerán en nosotros en todo momento, para siempre.

Dios le concedió a sus criaturas el libre albedrío, lo que significa que somos libres para tomar nuestra propia decisión de amar o no amar, aceptar o no aceptar el gran amor que Dios nos tiene. Cuando Jesús anduvo en la tierra, no vino a juzgarnos, sino a salvarnos del pecado, de la oscuridad; y aquellos que escogimos corresponder a ese amor de Jesús seremos salvados y heredaremos la vida eterna, viviremos para toda la eternidad y como decía San Pablo, “viviremos de gloria en gloria.”

Ahora bien, como en los tiempos de Jesús, también hoy día hay personas que rechazan la luz, el amor de Jesús y el amor a los demás. Prefieren la oscuridad y muy seguro morirán (y murieron) en la oscuridad junto al enemigo de nuestras almas. Quien obra mal rechaza la luz. Sin embargo, aquel que obra conforme a la verdad, se acerca a la luz, de acuerdo a la voluntad de Dios. Cuando obramos según la voluntad de Dios, nuestra vida se llena de gozo aun en los momentos difíciles. Y aun en medio de los obstáculos tendremos paz y serenidad porque confiamos en las Palabras de Nuestro Señor cuando dice “Yo estaré con ustedes hasta el fin de los tiempos”, nunca nos dejará solos. Él se quedó con nosotros a través de la Sagrada Hostia, que es el Cuerpo, la Sangre y la Humanidad de nuestro Señor Jesús. Cada vez que lo recibimos en la Sagrada Comunión, Él se hace presente y se vuelve uno en nosotros.

Optemos por amar a Jesús y démosle gracias a nuestro Padre Celestial por habernos regalado a su Hijo, por su infinito amor y su gran sacrificio. Recurramos con frecuencia a la Sagrada Eucaristía preparados espiritualmente, o sea, limpios de pecado, especialmente libres de pecados graves (mortales) y ya desde esta tierra llena de conflictos, experimentemos el gozo de tener a Jesús en nuestro corazón.

Jueves, 23 de abril, Evangelio Jn 3, 31-36

“El que viene de lo alto está por encima de todos; pero el que viene de la tierra pertenece a la tierra y habla de las cosas de la tierra. El que viene del cielo está por encima de todos. Da testimonio de lo que ha visto y oído, pero nadie acepta su testimonio. El que acepta su testimonio certifica que Dios es veraz. Aquel a quien Dios envió habla las palabras de Dios, porque Dios le ha concedido sin medida su Espíritu.

El Padre ama a su Hijo y todo lo ha puesto en sus manos. El que cree en el Hijo tiene vida eterna. Pero el que es rebelde al Hijo no verá la vida, porque la cólera divina perdura en contra de él”.



Reflexión, Jn 3, 31-36

Juan Bautista, como todo profeta, es un ser de carne y hueso hecho de barro y pertenece al mundo según lo conocemos. Jesús, sin embargo, es el “Enviado” del cielo, el Hijo del Dios Todopoderoso y tiene su Santo Espíritu en pleno.

Los seres de barro tienen el Santo Espíritu de Dios en la medida en que lo dejen entrar y se dejen llevar por Él, su presencia en nosotros y en Juan es limitada. La gente del mundo no recibe a Jesús, el Mesías, y no tendrán la vida Eterna. Pero quienes lo recibimos tendremos la Vida Eterna. Y el que lo recibe también recibe su Santo Espíritu. LM

Viernes, 24 de abril, Evangelio Jn 6, 1-15

En aquel tiempo, Jesús se fue a la otra orilla del mar de Galilea o lago de Tiberíades. Lo seguía mucha gente, porque habían visto los signos que hacía curando a los enfermos. Jesús subió al monte y se sentó allí con sus discípulos.

Estaba cerca la Pascua, festividad de los judíos. Viendo Jesús que mucha gente lo seguía, le dijo a Felipe: “¿Cómo compraremos pan para que coman éstos?” Le hizo esta pregunta para ponerlo a prueba, pues él bien sabía lo que iba a hacer. Felipe le respondió: “Ni doscientos denarios de pan bastarían para que a cada uno le tocara un pedazo de pan”. Otro de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dijo: “Aquí hay un muchacho que trae cinco panes de cebada y dos pescados. Pero ¿qué es eso para tanta gente?” Jesús le respondió: “Díganle a la gente que se sienten”. En aquel lugar había mucha hierba. Todos, pues, se sentaron ahí; y tan sólo los hombres eran unos cinco mil.

Enseguida tomó Jesús los panes, y después de dar gracias a Dios, se los fue repartiendo a los que se habían sentado a comer. Igualmente les fue dando de los pescados todo lo que quisieron. Después de que todos se saciaron, dijo a sus discípulos: “Recojan los pedazos sobrantes, para que no se desperdicien”. Los recogieron y con los pedazos que sobraron de los cinco panes llenaron doce canastos.

Entonces la gente, al ver el signo que Jesús había hecho, decía: “Éste es, en verdad, el profeta que habría de venir al mundo”. Pero Jesús, sabiendo que iban a llevárselo para proclamarlo rey, se retiró de nuevo a la montaña, él solo.



Reflexión, Jn 6, 1-15

En este pasaje de la Biblia, Juan nos narra el milagro de la multiplicación de los panes. Jesús alimenta a más de cinco mil personas, multiplicando cinco panes y dos peces que tenía un muchacho que estaba en la multitud.

Este milagro lleva a la muchedumbre a proclamarlo “como el profeta que tenía que venir”. Jesús se ve obligado a escapar de la multitud porque lo querían hacer su rey. La multitud lo perseguía sin percibir el valor más importante que Jesús les ofrecía con sus palabras y acciones: el pan verdadero que se fermenta con la oración, se multiplica con la fe y sacia toda necesidad del ser interior: el amor, el perdón y consuelo del Padre.

Yo he sido muchas veces parte de esa multitud que seguía a Jesús. Lo he hecho buscando una hogaza de pan y un trozo de pescado para satisfacer mis deseos materiales, fueran personales y/o familiares. Siempre corriendo tras Él, insistiendo en mis pedidos temporales; sin escuchar la voz de mi espíritu que con pasión ansiaba recibir y atesorar el verdadero pan que da la vida eterna.

La experiencia más cercana fue relacionada a mi recién jubilación. Estaba convencido de que estaba emocionalmente preparado. No era la verdad. La transición de vida laboral a la jubilación fue un verdadero desierto de hambruna: no identificaba el propósito de mi existencia. Oraba pidiendo llenar mi presente con realidades pasadas. No escuchaba a mi Señor. Sin embargo, Jesús fue constante en su oferta del pan verdadero. Fue en las visitas al Sagrario, a través de la oración de petición, que surgió un diálogo con discernimiento y confianza en Él. Su presencia abrió mi corazón a Su invitación- un nuevo propósito de vida: servir a mi comunidad parroquial como Ministro Extraordinario de la Eucaristía. Es en esa nueva relación con Jesús, en la cual Su misericordia me llevó a identificarme con aquel muchacho de los panes y los peces de la lectura bíblica. Al igual que el muchacho le sirvió al Señor en aquella ocasión, hoy Jesús me concede la gracia de servir a la multitud de seres hambrientos de la comunidad parroquial con el verdadero pan de vida “Jesús Sacramentado”. Esa unión con Jesús y mi comunidad me llena de agradecimiento, alegría y propósito. Ese sentir es el regalo eterno de reconocer y recibir el pan verdadero de Dios.

Sábado, 25 de abril, Evangelio Mc 16, 15-20

En aquel tiempo, se apareció Jesús a los Once y les dijo: “Vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio a toda creatura. El que crea y se bautice, se salvará; el que se resista a creer, será condenado. Éstos son los milagros que acompañarán a los que hayan creído: arrojarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas, cogerán serpientes en sus manos, y si beben un veneno mortal, no les hará daño; impondrán las manos a los enfermos y éstos quedarán sanos”.

El Señor Jesús, después de hablarles, subió al cielo y está sentado a la derecha de Dios. Ellos fueron y proclamaron el Evangelio por todas partes, y el Señor actuaba con ellos y confirmaba su predicación con los milagros que hacían.



Reflexión, Mc 16, 15-20

Cuando medito y reflexiono sobre esta lectura, lo primero que me viene a la mente es que tendremos pruebas y situaciones difíciles en la vida, pero si creemos en Él, tenemos fe, seguimos Su camino y ponemos toda nuestra confianza en el Señor, Él nos sostendrá y nos ayudará a sobrellevar cualquier situación.

Jesús nos dejó el Espíritu Santo, el Paráclito, el Consolador para que siempre estemos acompañados por Él, sintamos su presencia y no nos sintamos solos ni abandonados. Y ese mismo consuelo que sentimos, lo debemos llevar a otros y compartirlo para que todo el mundo sienta la presencia Divina de Dios y su misericordia; para que ese Dios que todo lo puede, nos de paz aun en los momentos más difíciles.

Ese es nuestro mandato como cristianos, llevar el mensaje de la Buena Nueva con nuestro ejemplo de vida, diciendo presente, ya sea con un abrazo, una sonrisa, dando un hombro donde llorar, una oración. El Señor se encarga de lo demás. Él actuará y confirmará el mensaje con los milagros que lo acompañen.

Domingo, 26 de abril, Evangelio Lc 24, 13-35

El mismo día de la resurrección, iban dos de los discípulos hacia un pueblo llamado Emaús, situado a unos once kilómetros de Jerusalén, y comentaban todo lo que había sucedido.

Mientras conversaban y discutían, Jesús se les acercó y comenzó a caminar con ellos; pero los ojos de los dos discípulos estaban velados y no lo reconocieron. Él les preguntó: “¿De qué cosas vienen hablando, tan llenos de tristeza?”

Uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: “¿Eres tú el único forastero que no sabe lo que ha sucedido estos días en Jerusalén?” Él les preguntó: “¿Qué cosa?” Ellos le respondieron: “Lo de Jesús el nazareno, que era un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo. Cómo los sumos sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él sería el libertador de Israel, y sin embargo, han pasado ya tres días desde que estas cosas sucedieron. Es cierto que algunas mujeres de nuestro grupo nos han desconcertado, pues fueron de madrugada al sepulcro, no encontraron el cuerpo y llegaron contando que se les habían aparecido unos ángeles, que les dijeron que estaba vivo. Algunos de nuestros compañeros fueron al sepulcro y hallaron todo como habían dicho las mujeres, pero a él no lo vieron”.

Entonces Jesús les dijo: “¡Qué insensatos son ustedes y qué duros de corazón para creer todo lo anunciado por los profetas! ¿Acaso no era necesario que el Mesías padeciera todo esto y así entrara en su gloria?” Y comenzando por Moisés y siguiendo con todos los profetas, les explicó todos los pasajes de la Escritura que se referían a él.

Ya cerca del pueblo a donde se dirigían, él hizo como que iba más lejos; pero ellos le insistieron, diciendo: “Quédate con nosotros, porque ya es tarde y pronto va a oscurecer”. Y entró para quedarse con ellos. Cuando estaban a la mesa, tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él se les desapareció. Y ellos se decían el uno al otro: “¡Con razón nuestro corazón ardía, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras!”

Se levantaron inmediatamente y regresaron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, los cuales les dijeron: “De veras ha resucitado el Señor y se le ha aparecido a Simón”.

Entonces ellos contaron lo que les había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Reflexión, Lc 24, 13-35

Este capítulo de Lucas nos habla del día de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Sus discípulos, incrédulos caminaban sin rumbo. Algo tan inesperado, tan de sorpresa, nuestro maestro estaba muerto y enterrado. Ya no lo tendremos más con nosotros, lo vimos morir en la cruz, maltratado, sangrando.

Les quedaba ese sabor amargo, fue tan injusto, no le había hecho nada a nadie y ¡lo crucificaron! A dos discípulos, que iban en camino hacia Emaús, Jesús se les aparece y sigue caminando con ellos pretendiendo no saber nada de lo acontecido. Ellos explicando lo que había sucedido, muchos creían que estaba resucitado pues encontraron su tumba vacía.

Jesús siguió hablándoles y explicando lo que decían las escrituras, que todo lo sucedido tenía que pasar para que Jesús entrara en su Gloria. Ellos invitan a Jesús a quedarse en su casa y Él acepta. Estando en la mesa cenando, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. En ese momento se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero Él desapareció. Se dijeron el uno al otro, “¿No sentíamos arder nuestro corazón cuando nos hablaba en el camino y explicaba las escrituras?”

Les ardía el Corazón cuando les hablaba en el camino. Esa es la reacción que yo siento cada vez que el Santísimo está expuesto o cerca de mí. No importa la iglesia que sea, mi Corazón se revuelca y me arde de amor por ese Cristo que viene a visitarme, que lo tengo presente frente a mí. Viene a estar conmigo, quiere que lo ame, lo adore. Él nunca va a dejarme sola y mi Corazón le pertenece. Es una dicha tan inmensa que no quiero ni compartirlo, me faltarían palabras para describirlo, miedo a que no me comprendan. Sigo visitándolo y orando, la oración es importante para mi vida diaria. Le doy gracias al Dios Todopoderoso y rezo por los sacerdotes que nos guían y nos explican las escrituras. AB



Lunes, 27 de abril, Evangelio Jn 6, 22-29

Después de la multiplicación de los panes, cuando Jesús dio de comer a cinco mil hombres, sus discípulos lo vieron caminando sobre el lago. Al día siguiente, la multitud, que estaba en la otra orilla del lago, se dio cuenta de que allí no había más que una sola barca y de que Jesús no se había embarcado con sus discípulos, sino que éstos habían partido solos. En eso llegaron otras barcas desde Tiberíades al lugar donde la multitud había comido el pan. Cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, se embarcaron y fueron a Cafarnaúm para buscar a Jesús.

Al encontrarlo en la otra orilla del lago, le preguntaron: “Maestro, ¿cuándo llegaste acá?” Jesús les contestó: “Yo les aseguro que ustedes no me andan buscando por haber visto signos, sino por haber comido de aquellos panes hasta saciarse. No trabajen por ese alimento que se acaba, sino por el alimento que dura para la vida eterna y que les dará el Hijo del hombre; porque a éste, el Padre Dios lo ha marcado con su sello”.

Ellos le dijeron: “¿Qué necesitamos para llevar a cabo las obras de Dios?” Respondió Jesús: “La obra de Dios consiste en que crean en aquel a quien él ha enviado”.



Reflexión, Jn 6, 22-29

Este pasaje bíblico presenta a Jesús evadiendo a la muchedumbre que quería coronarlo como rey tras el milagro de la multiplicación de los panes. Cuando la multitud lo encuentra, Jesús los increpa cuestionando la motivación por la cual le perseguían, dejando ver que no era por los signos de sanación y su mensaje de la llegada del Reino de Dios, sino para saciar su hambre física del pan de un solo día. Jesús les pide que se afanen buscando otra comida que es duradera y con la cual se logra la vida eterna, la del Hijo del Hombre. Termina la escena cuando Jesús les dice la forma de cómo hacerlo - “La obra es esta: creer al Enviado de Dios”.

¿Cuál es el sentido de “creer” que Jesús nos quiere comunicar? El “creer” va mucho más allá de aceptar a Jesús y ser practicante de la fe.

Desde mi bautismo, he seguido a Jesús como fiel practicante de la fe (aunque con desvíos debido a las deficiencias y debilidades de mi naturaleza pecadora). Mi ser “practicante” se satisfizo con el “cumplimiento” de las expectativas personales y las más superficiales de la iglesia. Descansaba sólo en mi interpretación de lo que es “creer” sin el “hacer” - el camino de la puerta ancha. La “práctica de la repetición” en la fe me dirigió involuntariamente a la rutina (actuando en la inconsciencia); disminuyendo la vivencia de la fe (sin experimentar de forma comunitaria el amor del Padre).

Fue en un Cursillo de Cristiandad que de forma transformadora conocí a Jesús al sentirme amado profundamente sin condición alguna. Experimenté el perdón y la alegría de un hombre nuevo que se rendía ante la dulzura de la presencia del Maestro. Desde ese encuentro, vivo con intención y pasión del “...creer en el Enviado del Padre”. Comprendí en ese encuentro que “creer” incluye el ser como Jesús en mi forma de sentir, pensar y actuar. Para mantener esa pasión de “creer” en mi vida, busco toda ocasión que me lleve al reencuentro con Jesús. Posterior a Cursillos, la misa diaria y la Adoración en el Sagrario me crearon el oasis separado de la muchedumbre, la minimización de las distracciones del mundo y la paz para la oración y el sustento del encuentro continuo con el Señor. Recientemente, el Ministerio de la Eucaristía me brinda una nueva vertiente para la adoración del Cuerpo de Cristo en servicio a la comunidad creyente. Estos espacios me permiten revivir, no rememorar, la realidad de Jesús en Su Pasión, Crucifixión y Resurrección - Su entrega de amor. Es ese amor de Jesús el que me reconcilia con y convierte diariamente en Él; dándome la gracia de “creer” en el Enviado del Padre.

Martes, 28 de abril, Evangelio Jn 6, 30-35

En aquel tiempo, la gente le preguntó a Jesús: “¿Qué signo vas a realizar tú, para que lo veamos y podamos creerte? ¿Cuáles son tus obras? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Les dio a comer pan del cielo”.

Jesús les respondió: “Yo les aseguro: No fue Moisés quien les dio pan del cielo; es mi Padre quien les da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es aquel que baja del cielo y da la vida al mundo”.

Entonces le dijeron: “Señor, danos siempre de ese pan”. Jesús les contestó: “Yo soy el pan de la vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí nunca tendrá sed”.



Reflexión, Jn 6, 30-35

¿Qué hemos de hacer para obrar las obras de Dios? Jesús les respondió: “La obra de Dios es ésta: creer en aquél que Dios ha enviado.” Ellos entonces le dijeron: ¿Qué signos haces para que viéndolos creamos en ti? ¿Qué obras realizas? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, según está escrito: “Pan del cielo les dio a comer,” Jesús les respondió: “En verdad les digo: No fue Moisés quien les dio el pan del cielo. Es mi Padre el que les da el verdadero pan del cielo. El pan que Dios da es aquel que baja del cielo y da vida al mundo.” Entonces le dijeron: “Señor danos siempre de ese pan.”

A través de mi vida, como tantos seres humanos que han transitado por este mundo, he vivido literalmente tormentas, huracanes y terremotos. Si me dejo llevar a través de la palabra, han sido cruces difíciles de llevar por cada uno de nosotros. En mi caso he pasado dificultades en mi niñez, adolescencia, adultez y ahora en mi tercera edad, crisis económicas de post “guerras”, enfermedades, donde Jesús se ha manifestado y me ha dado oportunidades. Divorcio, desempleo, soledad, problemas de los hijos. Sin embargo, ante cada uno de esos “terremotos” que se sienten en toda nuestra mente he clamado a ese pan bajado del cielo que es Jesús Eucarístico, porque desde niña mis padres me inculcaron el poder de la fe y la oración.

Jesús es nuestro Maestro. Maestro de maestros, cogió su cruz y se cayó tres veces y esas tres veces se levantó. Con su cruz rayó el camino y dijo “Yo soy el camino, la verdad y la vida.” Es el pan bajado del cielo. De nuestros antepasados heredamos la fe y el amor a la Eucaristía. Por más y menos de las tempestades en mi vida y familia, siempre hemos recogido el pan del cielo que Cristo, vivo y real, nos tiene en palabras y promesa de vida eterna.

ND

Miércoles, 29 de abril, Evangelio Jn 6, 35-40

En aquel tiempo, Jesús dijo a la multitud: “Yo soy el pan de la vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí nunca tendrá sed. Pero como ya les he dicho: me han visto y no creen. Todo aquel que me da el Padre viene hacia mí; y al que viene a mí yo no lo echaré fuera, porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.

Y la voluntad del que me envió es que yo no pierda nada de lo que él me ha dado, sino que lo resucite en el último día. La voluntad de mi Padre consiste en que todo el que vea al Hijo y crea en él, tenga vida eterna y yo lo resucite en el último día”.



Reflexión, Jn 6, 35-40

Después de haber vivido días difíciles con el paso del huracán María y ahora con los terremotos recientes, donde sentimos ansiedad, temor e inseguridad ante la incertidumbre de no saber qué hacer para proteger nuestras vidas y familia; leer y reflexionar sobre estos versículos del Evangelio de San Juan me llenan de paz, confianza y fuerza para seguir adelante. Jesús nos asegura que todo aquel que cree en Él y tiene fe nada le faltará. Él ha venido para cumplir la voluntad del Padre que es darnos la vida eterna y la salvación con la promesa de la resurrección final.

Ante estas palabras de Jesús debemos de apartar toda duda, creer en Él, conocerlo, acercarnos a Él cada vez más con la firme creencia y fe que con Él nada nos faltará, nuestra salvación está garantizada.

Pidamos a Jesús que nos aumente cada día más nuestra fe para que en momentos difíciles podamos seguir adelante.

Jueves, 30 de abril, Evangelio Jn 6, 44-51

En aquel tiempo, Jesús dijo a los judíos: “Nadie puede venir a mí, si no lo atrae el Padre, que me ha enviado; y a ése yo lo resucitaré el último día. Está escrito en los profetas: Todos serán discípulos de Dios. Todo aquel que escucha al Padre y aprende de él, se acerca a mí. No es que alguien haya visto al Padre, fuera de aquel que procede de Dios. Ese sí ha visto al Padre.

Yo les aseguro: el que cree en mí, tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Sus padres comieron el maná en el desierto y sin embargo, murieron. Éste es el pan que ha bajado del cielo para que, quien lo coma, no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre, y el pan que yo les voy a dar es mi carne para que el mundo tenga vida”.



Reflexión, Jn 6, 44-51

Reflexionando sobre este Evangelio, doy testimonio de lo que el Señor ha obrado en mí por medio de la Santa Eucaristía, de este pan bajado del cielo, del cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo.

Las recientes situaciones que he vivido como puertorriqueña: corrupción en el gobierno, huracanes, temblores, repentina enfermedad en la familia, solamente con la ayuda de Dios es que he podido superarlas.

En todo el Señor ha sido mi refugio, Él me ayuda y me confirma que me lleva de la mano. En toda mi vida ha estado presente el Señor. Clamo a Él y me responde, me consuela y me llena de paz.

Especialmente me consuela frente al Santísimo en la capilla de San Ignacio, donde el Señor está presente en cuerpo, alma y divinidad. Ha sido para mí la Adoración Perpetua fuente de bendición.

Estoy tan agradecida del Señor por lo bueno que ha sido conmigo. Por eso en todo veo la misericordia del Señor. Sé que Él nos seguirá llevando de la mano y no nos abandonará y en todo obrará para nuestro bien. Amén.

Viernes, 1ro. de mayo. Evangelio Jn 6, 52-59

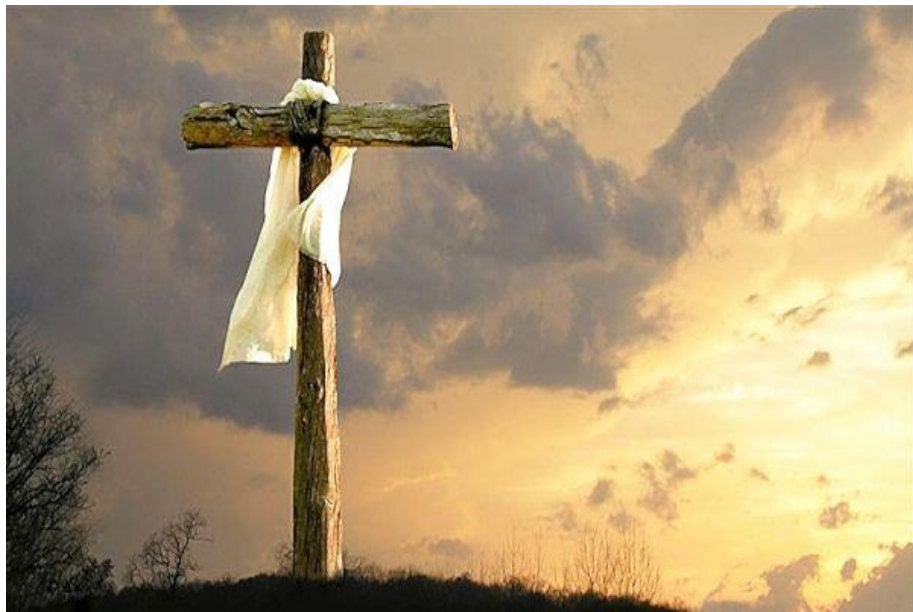
En aquel tiempo, los judíos se pusieron a discutir entre sí: “¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?”

Jesús les dijo: “Yo les aseguro: Si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no podrán tener vida en ustedes. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo lo resucitaré el último día.

Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Como el Padre, que me ha enviado, posee la vida y yo vivo por él, así también el que me come vivirá por mí.

Éste es el pan que ha bajado del cielo; no es como el maná que comieron sus padres, pues murieron. El que come de este pan vivirá para siempre.”

Esto lo dijo Jesús enseñando en la sinagoga de Cafarnaúm



Reflexión, Jn 6, 52-59

“Quien come mi carne y bebe mi sangre habita en Mí y yo en él.” (Jn. 6,56)
En este versículo del evangelio de Juan, Jesús nos invita a identificarnos con Él. Hacer que nuestra vida sea a imagen de la Suya. Vivir los valores del Reino de Dios que Jesús predicó en las bienaventuranzas (Mt. 5, 3-11), implica vivir una lógica distinta a la del mundo porque nuestra vida tiene un plano trascendental.

De la misma manera en que sentimos hambre y sed en el plano material, en el plano trascendental de nuestra vida también sentimos hambre y sed, por ejemplo, de justicia, de paz. En el proceso de satisfacer el hambre y la sed que sentimos en el plano trascendental, al igual que el Hijo Pródigo, podemos confundirnos o distraernos y entonces pretendemos satisfacernos falsamente con bienes superfluos. El Hijo Pródigo, mientras sentía que su hambre había sido saciada con los bienes de su padre, permanecía en su vida desordenada. Pero llegó el momento en que sintió la verdadera hambre. Descubrió que su hambre era más profunda y que no había sido saciada. Entonces, fue cuando recapacitó y tomó la decisión de regresar a su padre; ¿acaso en busca de comida y bebida verdadera?

En nuestro Puerto Rico de hoy, tenemos hambre y sed de esa comida y bebida verdaderas. Todavía tenemos a flor de piel eventos como el paso por nuestra Isla de los huracanes Irma y María en el 2017, el verano del 2019 y el terremoto de enero de 2020 con sus múltiples réplicas que aún causan angustia en gran parte de nuestra población. La pérdida de bienes, que en muchos casos es el patrimonio de nuestras familias conseguido con muchos años de esfuerzo, acrecentó la necesidad de nuestro pueblo. Estos acontecimientos, además de descorrer el velo que cubría la pobreza y hacer visible el mal manejo de fondos y propiedad públicos... acrecentaron el hambre y la sed de nuestro pueblo haciéndolas más profundas.

En medio de este Puerto Rico, Jesús se nos ofrece como comida que nos transforma en Él, que nos hace partícipes de su proyecto siempre inconcluso en este mundo. Como a los judíos en la sinagoga, Jesús nos dice: “Este es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre”. Comamos juntos, en comunidad, de este pan y cuando nos sintamos satisfechos recordemos las palabras del evangelio de Juan: “Cuando quedaron satisfechos, dice Jesús a sus discípulos: - Recojan las sobras para que no se desaproveche nada.”

Pidamos a Dios que nos alimente con el Pan de Vida Eterna.

Sábado, 2 de mayo, Evangelio Jn 6, 60-69

En aquel tiempo, muchos discípulos de Jesús dijeron al oír sus palabras: “Este modo de hablar es intolerable, ¿quién puede admitir eso?”

Dándose cuenta Jesús de que sus discípulos murmuraban, les dijo: “¿Esto los escandaliza? ¿Qué sería si vieran al Hijo del hombre subir a donde estaba antes? El Espíritu es quien da la vida; la carne para nada aprovecha. Las palabras que les he dicho son espíritu y vida, y a pesar de esto, algunos de ustedes no creen”. (En efecto, Jesús sabía desde el principio quienes no creían y quién lo habría de traicionar). Después añadió: “Por eso les he dicho que nadie puede venir a mí, si el Padre no se lo concede”.

Desde entonces, muchos de sus discípulos se echaron para atrás y ya no querían andar con él. Entonces Jesús les dijo a los Doce: “¿También ustedes quieren dejarme?” Simón Pedro le respondió: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios”.



Reflexión, Jn 6, 60-69

“Pero hay algunos de ustedes que no creen”.

La noche del 29 de agosto de 2008, perdí a mi madre de un infarto al corazón. La tarde anterior, me encontraba desesperada por los problemas de aprendizaje que presentaba uno de mis hijos. Mi madre, mujer de una gran fe, al verme en mi desesperación me dijo: “Confía en el Espíritu Santo”, fue el último regalo de Fe que me dejó.

Hoy, once años después de la muerte de mi madre, observo a mi hijo entusiasmado completando sus estudios de maestría y me recuerda aquel último regalo de Fe de mi Madre: “Confía en el Espíritu Santo.” Hoy quiero hacerte este mismo regalo a ti que me lees.

Hoy yo te pregunto: ¿eres tú de los que no creen y abandonaron a Jesús o eres de los que creen en el Espíritu que da vida. Muchas veces, los planes no se realizan, sufrimos pérdidas materiales o emocionales, nos sentimos abatidos y cansados, pero como hijos de Dios, debemos acudir al Padre confiados que Él nos dará fuerza y nos aliviará la carga. Siempre podemos acudir al Espíritu Santo y pedir fortaleza para seguir adelante con valentía; sabiduría para discernir cual es la voluntad del Padre en nuestro proyecto de vida, entendimiento para meditar y escuchar la voz del Padre en su palabra y piedad para ser piadoso con otros como el Padre lo es conmigo.

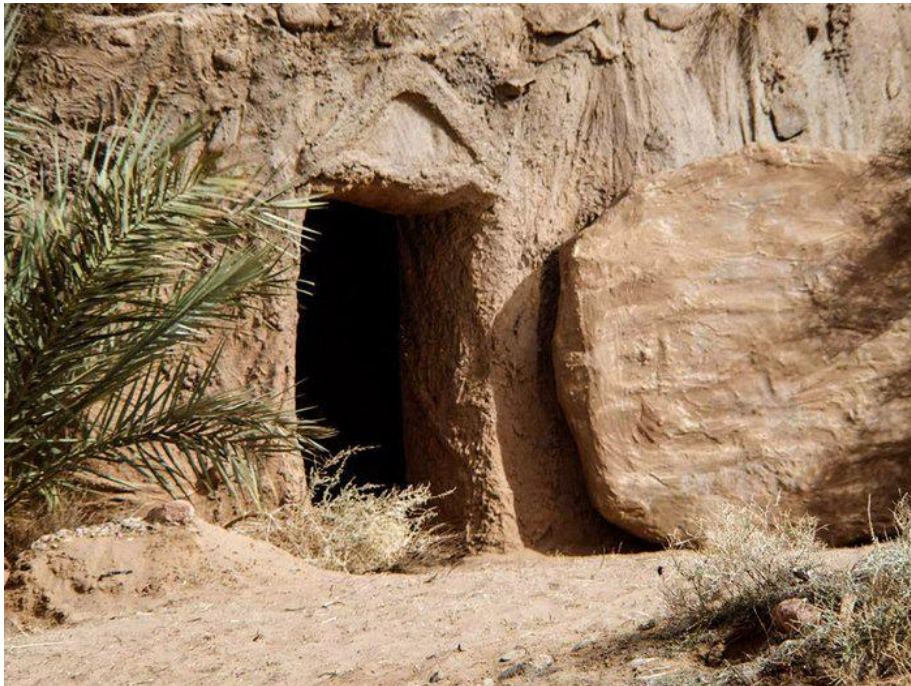
Nosotros hemos optado por quedarnos con Jesús y no lo abandonamos como hicieron aquellos que no le creían. Nos hemos quedado con Jesús, porque si le creemos. Y vivimos siempre confiando en Él, que nunca nos abandona. Confía en el Espíritu.

Domingo 3 de mayo, Evangelio Jn 10, 1-10

En aquel tiempo, Jesús dijo a los fariseos: “Yo les aseguro que el que no entra por la puerta del redil de las ovejas, sino que salta por otro lado, es un ladrón, un bandido; pero el que entra por la puerta, ése es el pastor de las ovejas. A ése le abre el que cuida la puerta, y las ovejas reconocen su voz; él llama a cada una por su nombre y las conduce afuera. Y cuando ha sacado a todas sus ovejas, camina delante de ellas, y ellas lo siguen, porque conocen su voz. Pero a un extraño no lo seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños”.

Jesús les puso esta comparación, pero ellos no entendieron lo que les quería decir. Por eso añadió: “Les aseguro que yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido antes que yo, son ladrones y bandidos; pero mis ovejas no los han escuchado.

Yo soy la puerta; quien entre por mí se salvará, podrá entrar y salir y encontrará pastos. El ladrón sólo viene a robar, a matar y a destruir. Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia”.



Reflexión (Jn 10, 1-10)

A veces vivir en este mundo parece muy duro. Nos abruma las responsabilidades: el trabajo, la casa, la familia, los amigos, los acreedores, todo nos requiere y nos exige... En ocasiones, situaciones difíciles complican aún más el panorama. La enfermedad, la muerte de un ser querido, un divorcio, la pérdida del empleo, un desastre natural que destruye las cosas por las que tanto hemos trabajado, y muchas otras más. La vida se torna muy precaria, nos sentimos solos, no encontramos el descanso, nos falta paz, perdemos la alegría de vivir.

Ante ese cuadro desolador la Palabra de Dios trae noticias buenas. Dios nos ha amado siempre, Dios nos ama ahora, y sus planes para nosotros son de una vida abundante, de fraternidad, de paz y de alegría. ¿Cómo lograr que esos planes se hagan realidad en mi vida? ¿Cómo acceder al camino que Dios me ha preparado que me lleva a esa abundancia? No hay otra manera que entrando por la Puerta, no saltando por otro lado. La Palabra nos recuerda que si saltamos por otro lado y no entramos por la Puerta nos acecharán los ladrones, los que vienen a robarnos la paz y el descanso, los que matan nuestra esperanza y nos destruyen de mil maneras.

Dios nos conoce, conoce nuestra bondad, nuestros talentos, nuestras potencialidades y conoce también nuestras debilidades. Sabe que, aunque le conozcamos, a veces le negamos, como Pedro hizo. Pero, como con Pedro, no se rinde con nosotros; nos vuelve a llamar una y otra vez. Nos busca para que, reconociendo su voz, entremos por la Puerta. Dios quiere para nosotros la Vida que Él es y que nos da en Cristo Jesús. Yo he venido para que tengan vida en abundancia. Entremos por la Puerta y experimentaremos abundancia en el Amor, en la Paz, en la Alegría y alcanzaremos la Vida plena que nos ha sido prometida.

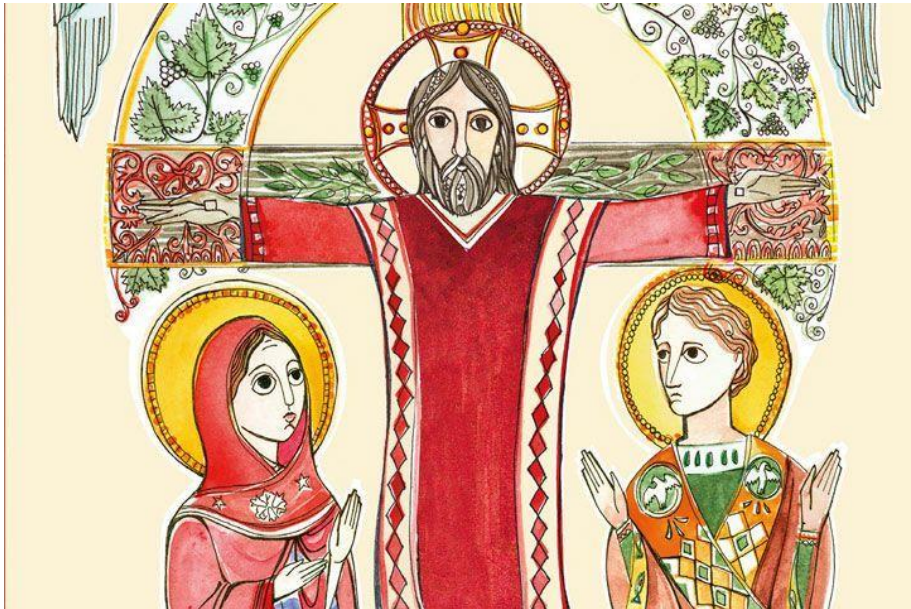
MO

Lunes 4 de mayo, Evangelio Jn 10, 11-18

En aquel tiempo, Jesús dijo a los fariseos: “Yo soy el buen pastor. El buen pastor da la vida por sus ovejas. En cambio, el asalariado, el que no es el pastor ni el dueño de las ovejas, cuando ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye; el lobo se arroja sobre ellas y las dispersa, porque a un asalariado no le importan las ovejas.

Yo soy el buen pastor, porque conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí, así como el Padre me conoce a mí y yo conozco al Padre. Yo doy la vida por mis ovejas. Tengo además otras ovejas que no son de este redil y es necesario que las traiga también a ellas; escucharán mi voz y habrá un solo rebaño y un solo pastor.

El Padre me ama porque doy mi vida para volverla a tomar. Nadie me la quita; yo la doy porque quiero. Tengo poder para darla y lo tengo también para volverla a tomar. Éste es el mandato que he recibido de mi Padre”.



Reflexión (Jn 10, 11-18)

El buen pastor es el que cuida el rebaño por vocación, el que sabe llevar sus ovejas por el mejor camino, libre del acecho de los depredadores. Es el que sabe dónde está la yerba más fresca y verde y el agua más limpia y cristalina. Es el que sabe que tiene la responsabilidad de guiar y proteger a su rebaño.

Las ovejas reaccionan ante ese pastor con confianza, se saben protegidas, cuidadas y libres de preocupaciones. Aunque por momentos les aceche el peligro, ellas confían en que están protegidas.

Así debe ser nuestra relación con Dios, aun ante la adversidad, en las pruebas más duras, difíciles y complejas donde nos sentimos a punto de desfallecer, hay que confiar en el Señor. Él nos mostrará el mejor camino y nos llevará al lugar seguro. Sé que es difícil poder confiar ciegamente, pero hay situaciones en las cuales no tenemos el control. Algunas cosas podemos controlarlas, por ejemplo: nuestra actitud para enfrentar los problemas y la manera de actuar. Pero hay otros problemas y situaciones que no podemos controlar y en ese momento hay que actuar como la oveja que confía en su pastor.

Entrega tu confianza y tus cargas al Señor y verás las maravillas que realizará en ti. Yo ya lo hice.
NSS

Martes 5 de mayo, Evangelio Jn 10, 22-30

Por aquellos días, se celebraba en Jerusalén la fiesta de la dedicación del templo. Era invierno. Jesús se paseaba por el templo, bajo el pórtico de Salomón. Entonces lo rodearon los judíos y le preguntaron: “¿Hasta cuándo nos vas a tener en suspenso? Si tú eres el Mesías, dínoslo claramente”.

Jesús les respondió: “Ya se lo he dicho y no me creen. Las obras que hago en nombre de mi Padre dan testimonio de mí, pero ustedes no creen, porque no son de mis ovejas. Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy la vida eterna y no perecerán jamás; nadie las arrebatará de mi mano. Me las ha dado mi Padre, y él es superior a todos, y nadie puede arrebatarlas de la mano del Padre. El Padre y yo somos uno”.



Reflexión (Jn 10, 22-30)

A menudo presenciamos eventos que los interpretamos como milagros, pues no tienen explicación.

Muchos viven esperando un milagro para creer en Dios. Pero, a menudo no nos damos cuenta que los milagros sí ocurren aunque no de la manera que pedimos y esperamos. Dios tiene Su modo y tiempo de hacer milagros.

Conocí una persona que enfermó de cáncer. Todos rezábamos pidiendo su sanación, aunque la enfermedad ya estaba bastante avanzada. Pedíamos un milagro. Esta persona era buena, trabajador, buen padre, pero tenía un carácter muy fuerte, impetuoso. Nos preocupaba cómo iba a aceptar su condición y enfrentarse a la muerte.

El milagro se dio. Su cuerpo no sanó, pero sí su alma y su corazón. Sus últimos días fueron tranquilos y aquel “león” se fue convirtiendo en un cordero que escuchó la voz del Señor y le siguió. Estoy segura que goza de la presencia de Dios.

Oremos para que podamos sentir la presencia de Dios en nuestro diario vivir y cumplir siempre su Santa Voluntad hasta convertirnos en parte de su rebaño eternamente.

Miércoles 6 de mayo, Evangelio Jn 12, 44-50

En aquel tiempo, exclamó Jesús con fuerte voz: “El que cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me ha enviado; el que me ve a mí, ve a aquel que me ha enviado. Yo he venido al mundo como luz, para que todo el que crea en mí no siga en tinieblas.

Si alguno oye mis palabras y no las pone en práctica, yo no lo voy a condenar; porque no he venido al mundo para condenar al mundo, sino para salvarlo.

El que me rechaza y no acepta mis palabras, tiene ya quien lo condene: las palabras que yo he hablado lo condenarán en el último día. Porque yo no he hablado por mi cuenta, sino que mi Padre, que me envió, me ha mandado lo que tengo que decir y hablar. Y yo sé que su mandamiento es vida eterna. Así, pues, lo que hablo, lo digo como el Padre me lo ha dicho”.



Reflexión, Jn 12, 44-50

¡Qué dicha: caminar por la vida con la certeza de que hay un Dios que camina con nosotros y nunca nos abandona! Nos recibe, nos perdona y dio su vida por nosotros.

Jesús nos dice: “Yo soy el camino, la verdad y la vida.” ¡Cuánta sabiduría encierran estas tres palabras que parecen tan sencillas! Vino a enseñarnos el camino, seguir sus enseñanzas, su ejemplo, su sacrificio, para hacernos mejores, para sentir cómo crece nuestro espíritu según lo vamos conociendo mejor. Tenemos que caminar con Él, entender su verdad y vivir de manera que podamos ser testimonio de su presencia en nuestras vidas. Si aceptamos lo que nos pide estaremos en el camino de la espiritualidad y la felicidad. Es Él quien nos alienta en cada paso de nuestra vida. La fe nos hace renacer y nos sostiene en la adversidad. La confianza en Dios nos inspira a luchar; en los momentos de mayor debilidad, como por ejemplo, cuando ponemos a sus pies nuestra alma atribulada y dolida por una enfermedad tan despiadada como el cáncer, es cuando mejor podemos poner a prueba nuestra fe y confianza en su auxilio incondicional.

Le pedimos fortaleza para enfrentar un futuro incierto y nos pusimos en sus manos confiando plenamente en su amor infinito, fuera cual fuera su voluntad y el desenlace de la condición. A cambio de nuestra entrega nos llegó la sanación. Sin creernos merecedores de tanto amor, fuimos bendecidos por su misericordia.

Y... seguimos adelante por el camino que Jesús señala

Jueves, 7 de mayo, Evangelio Jn 13, 16-20

En aquel tiempo, después de lavarles los pies a sus discípulos, Jesús les dijo: “Yo les aseguro: el sirviente no es más importante que su amo, ni el enviado es mayor que quien lo envía. Si entienden esto y lo ponen en práctica, serán dichosos.

No lo digo por todos ustedes, porque yo sé a quiénes he escogido. Pero esto es para que se cumpla el pasaje de la Escritura, que dice: El que comparte mi pan me ha traicionado. Les digo esto ahora, antes de que suceda, para que, cuando suceda, crean que Yo soy.

Yo les aseguro: el que recibe al que yo envío, me recibe a mí; y el que me recibe a mí, recibe al que me ha enviado”.



Reflexión, Jn 13, 16-20

Cuando vivimos en estrecha unión con Dios y su palabra, recibimos al Espíritu Santo que se manifiesta a través de ella. Dios nos escoge, nos llama y nos guía, por eso podemos reconocerle y creerle.

Dios nos envía a cada uno de nosotros con una misión diferente pero a la vez complementaria, de manera que todos juntos podamos trabajar por y para el Reino. Las buenas obras y el buen actuar son la carta de presentación del cristiano. Servir sin servirse, dar sin esperar nada a cambio es la manera en que le prestamos a Dios nuestros ojos, nuestras manos y nuestros pies para que Él siga obrando cada día.

...Muchos cristianos sufren y están siendo perseguidos en estos momentos en los que estamos viviendo, y sin irnos muy lejos, sabemos que nuestro país sufre... Primero fueron los huracanes, luego los temblores, la alta incidencia de violencia doméstica, el maltrato a la naturaleza; en otros países, la guerra. Cómo cristianos, enviados, debemos de estar atentos para ayudar y no ser indolentes.

Yo tengo al Señor en mi corazón y es Él quien me guía en momentos difíciles y en momentos de victoria. Gracias, Señor, por estar en mi corazón y no permitas jamás que me separe de ti.

Viernes 8 de mayo, Evangelio Jn 14, 1-6

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “No pierdan la paz. Si creen en Dios, creen también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones. Si no fuera así, yo se lo habría dicho a ustedes, porque ahora voy a prepararles un lugar. Cuando me vaya y les prepare un sitio, volveré y los llevaré conmigo, para que donde yo esté, estén también ustedes. Y ya saben el camino para llegar al lugar a donde voy”.

Entonces Tomás le dijo: “Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?” Jesús le respondió: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre si no es por mí”.



Reflexión, Jn 14, 1-6

En los últimos 4 años, hemos estado viviendo momentos difíciles en Puerto Rico: corrupción, huracanes Irma y María que hicieron estragos y causaron miles de muertes; y ahora los sismos en el suroeste de la Isla que han dejado a tantas personas sin hogar. Nos sentimos impotentes, frustrados, desolados, sentimos miedo y mucha desesperanza. Me pregunto: ¿Y ahora qué más, Señor, nos viene encima? Ya no aguanto más.

“Yo soy el camino, la verdad y la vida.” “Confía en Dios y confía también en Mí” Son palabras de Jesús en este evangelio.

En los últimos ocho años, he pasado muchos momentos de miedo, coraje, desesperación, pérdida de mi esposo, enfermedad, rechazos; pero en todos esos momentos he sentido a Jesús acompañándome y guiándome.

Recuerdo en Septiembre de 2017, estaba sola en casa esperando el huracán Irma, muy confiada de mis ventanas de “seguridad”. A las 3:00 pm comenzaron a sentirse unas ráfagas fuertes. De repente, la ventana de mi sala cedió a los vientos y se abrió de par en par. Sentí terror. Llamé a vecinos, amigos y hasta Manejo de Emergencias, pero nadie podía venir a ayudarme. Ya era tarde. Entonces me puse a hacer lo único que podía, quitar los cuadros y rodar los muebles a un sitio que no se mojaran.

Ya eran las 6:00 pm y llegaron los vientos fuertes de Irma. Me senté en mi sillón de descanso, agotada y abatida, imploré al Señor: Señor, nada puedo hacer. Me entrego a ti para que hagas en mí tu voluntad. Perdona todos mis pecados y ten misericordia. Cerré mis ojos y me quedé quieta, escuchando los golpes de la ventana según el viento soplaba y el agua entraba. De pronto se me prendió una bombillita” (la luz del Señor) que dio la solución al problema. Supe que Jesús estaba conmigo; me escuchó, me protegió y me dirigió.

Confía, no tengas miedo, cree y confía. En los tiempos difíciles Él siempre está con nosotros y cosas buenas vendrán después.

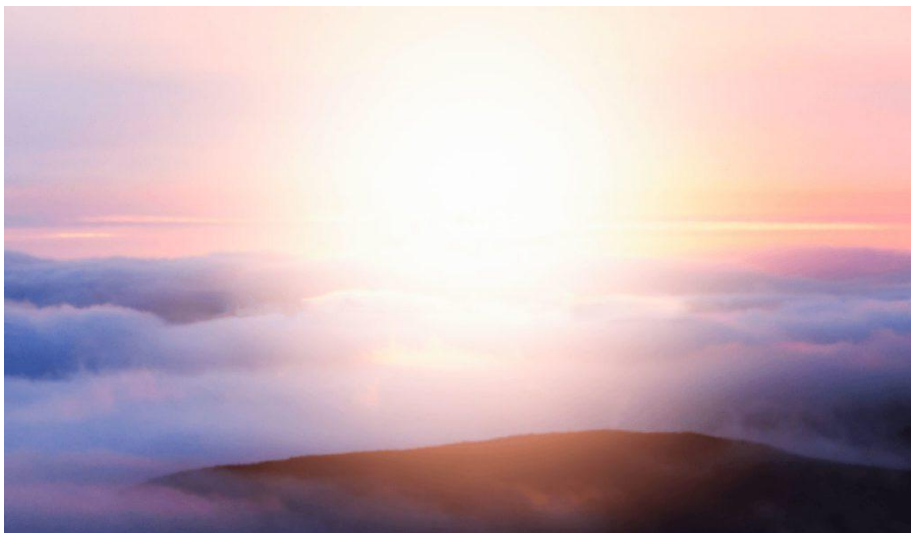
Sábado 9 de mayo, Evangelio Jn 14, 7-14

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: Si ustedes me conocen a mí, conocen también a mi Padre. Ya desde ahora lo conocen y lo han visto”.

Le dijo Felipe: “Señor, muéstranos al Padre y eso nos basta”. Jesús le replicó: “Felipe, tanto tiempo hace que estoy con ustedes, ¿y todavía no me conoces? Quien me ve a mí, ve al Padre. ¿Entonces por qué dices: ‘Muéstranos al Padre’? ¿O no crees que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí? Las palabras que yo les digo, no las digo por mi propia cuenta. Es el Padre, que permanece en mí, quien hace las obras.

Créanme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí. Si no me dan fe a mí, créanlo por las obras.

Yo les aseguro: el que crea en mí, hará las obras que hago yo y las hará aún mayores, porque yo me voy al Padre; y cualquier cosa que pidan en mi nombre, yo la haré para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Yo haré cualquier cosa que me pidan en mi nombre”.



Reflexión (Jn 14, 7-14)

En la soledad y el silencio de mi estudio reflexiono sobre este pasaje del Evangelio. Jesús les comunica a sus apóstoles la gran noticia de que Él está en el Padre y el Padre en Él. Se percibe en sus palabras un gran cariño y expectación, como cuando uno le trae un regalo a un niño y espera esa reacción de alegría y regocijo. Sin embargo, la pregunta de Felipe lo cambia todo. No ha comprendido quién es Él, ni tiene idea de quién es el Padre. La sensación que proyecta su respuesta a Felipe es que ha perdido el tiempo. Le duele que no le crean e insiste en tratar de convencerlos de su estrecha relación con el Padre y por sus obras, éste ha probado que Jesús y Él son uno.

Tan grande es la noticia que Jesús les revela, que los que crean en Él podrán hacer obras en su nombre iguales o más grandes que las que Él hace. Así se glorificará el Padre. Pero qué difícil se le hace entender esto a los Apóstoles y más a nosotros que conocemos la historia y hemos visto las muchas manifestaciones del amor de Dios en nuestras vidas. Si no vemos más obras es porque todavía seguimos sin comprender el mensaje de Jesús.

La presencia del Espíritu Santo y las miles de consagraciones del cuerpo y la sangre de Cristo en el mundo, son ejemplo vivo de que Dios no nos ha olvidado. Muchos han consagrado su vida a Dios y por sus obras sabemos que las palabras de Jesús eran verdaderas.

El llamado de Jesús me impactó desde muy joven. Por eso sentí el deseo de aceptarlo y seguirlo, aunque con los mismos defectos que sus Apóstoles. A través de la vida le he pedido que me permita ser instrumento de su amor y gracia. Que no le falte a su voluntad ni jamás me olvide de mis hermanos en esta vida de dificultades y sufrimientos causados por nosotros mismos. De esa manera he visto en muchas situaciones esos pequeños milagros que no resuenan mucho pero que reafirman las palabras de Jesús “Quien me ve a mí, ve al Padre”.
CRLV

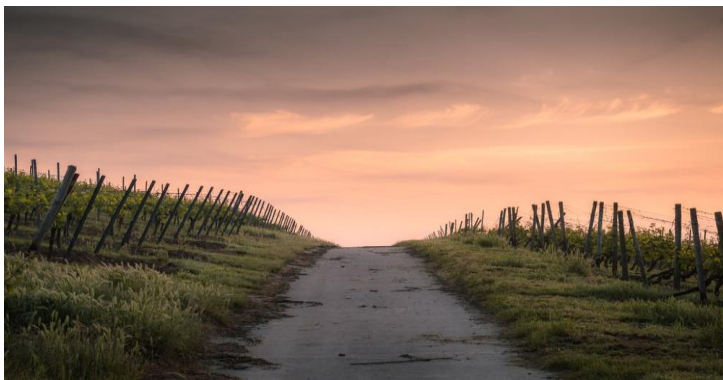
Domingo, 10 de mayo, Evangelio Jn 14, 1-12

No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis. Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino. Le dijo Tomás: Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino? Jesús le dijo: Yo soy el camino y la verdad y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí. Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto.

Felipe le dijo: Señor, muéstranos el Padre, y nos basta. Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre? ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras.

Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras.

De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aún mayores hará, porque yo voy al Padre.



Reflexión, Jn 14, 1-12

Muchas veces pienso que el camino que sigo no es el correcto y que lo que sucede en mi vida está fuera de mí. Pero siempre he vuelto al origen: Jesús. De manera muy particular y personal me hace entender que Él siempre ha marcado el camino, sostiene y alimenta mi vida y me demuestra que la verdad siempre está presente en quienes lo aman y a quienes Él ama... Lo

comprobamos cuando nos enfrentamos a la incertidumbre y desasosiego que crea una crisis por enfermedad y sus consecuencias.

Lo único que me ha sostenido, en los últimos años de enfermedad de mi cónyuge ha sido la certeza de que Jesús provee de manera adecuada y en abundancia siempre. De hospital en hospital, completamente sola, mi único refugio, consuelo y compañía fue Jesús. Oré sin cesar. En continua oración de petición, Jesús y yo tuvimos largas conversaciones, largos silencios, encuentros felices y no tan felices, que fueron moldeando mi espíritu y mi mente; sobre todo mis sentimientos y visión de vida, cambiando mi forma de mirar, escuchar, pensar y actuar.

Ante la gravedad de la enfermedad de mi esposo y el limitado conocimiento que se tiene sobre el Síndrome de Wegener's o vasculitis granulomatosa, lo único cierto en ese período, según los médicos, era la inminencia de su muerte. Tiempo de sufrimiento, donde Jesús fue marcando el Camino, me ayudó a discernir la Verdad y lo correcto, y le dio fuerzas a mi Vida (cuerpo, mente y espíritu) para mantenerme en paz y, de forma serena, poder tomar decisiones ante lo adverso del panorama médico.

Le acompañe a tratamientos, intervenciones quirúrgicas, reuniones de profesionales de la salud; dudé de mi capacidad y fuerzas para enfrentarlo todo, pero con Jesús conmigo pude desenvolverme, oír, entender y discernir para continuar adelante. Personal médico-hospitalario, sacerdotes, laicos comprometidos, personas no cristianas, amigos que manifestaron su amor apoyándose en oración y fe. Jesús, siempre marcó mi Camino, siempre tuve la certeza de que los resultados serían positivos porque eran guiados por Él. Jesús, se manifestó minuto a minuto en muchos pequeños milagros que al final formaron el milagro de la vida y sanación.

Aprendí en ese período de enfermedad y oración a soltar y a confiar totalmente en esa vida plena que Jesús nos promete y con humildad nos ofrece. La decisión de aceptarla y de vivirla es nuestra, es personalísima; compromiso de dos, Jesús y yo. Porque el camino, verdad y vida que nos ofrece Jesús no es sólo en la dimensión espiritual sino también en nuestra vida ordinaria y a veces extraordinaria en las circunstancias y situaciones que nos pone de frente. No todo ha terminado. Aún vivo múltiples situaciones que sacuden fuertemente mi cuerpo, mente, alma y espíritu. Mi único apoyo y consuelo ha sido Cristo Sacramentado, que me hace ver la verdad y me indica el camino. Jesús a cada instante me recuerda que el "es el camino, la verdad y la vida" y me dice que "no se turbe vuestro corazón, creed en Dios y creed también en Mí." Todo será para el bien de los que en Él creemos y confiamos. LB

Lunes 11 de mayo, Evangelio Jn 14, 21-26

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “El que acepta mis mandamientos y los cumple, ése me ama. Al que me ama a mí, lo amará mi Padre, yo también lo amaré y me manifestaré a él”.

Entonces le dijo Judas (no el Iscariote): “Señor, ¿por qué razón a nosotros sí te nos vas a manifestar y al mundo no?” Le respondió Jesús: “El que me ama, cumplirá mi palabra y mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos en él nuestra morada. El que no me ama no cumplirá mis palabras. Y la palabra que están oyendo no es mía, sino del Padre, que me envió.

Les he hablado de esto ahora que estoy con ustedes; pero el Paráclito, el Espíritu Santo que mi Padre les enviará en mi nombre, les enseñará todas las cosas y les recordará todo cuanto yo les he dicho”.



Reflexión (Jn 14, 21-26)

Cuando leo este pasaje me pregunto, ¿amo al Señor? ¿Mis acciones reflejan que amo al Señor? ¿El Señor, que todo lo sabe, me dejará saber que me ama?

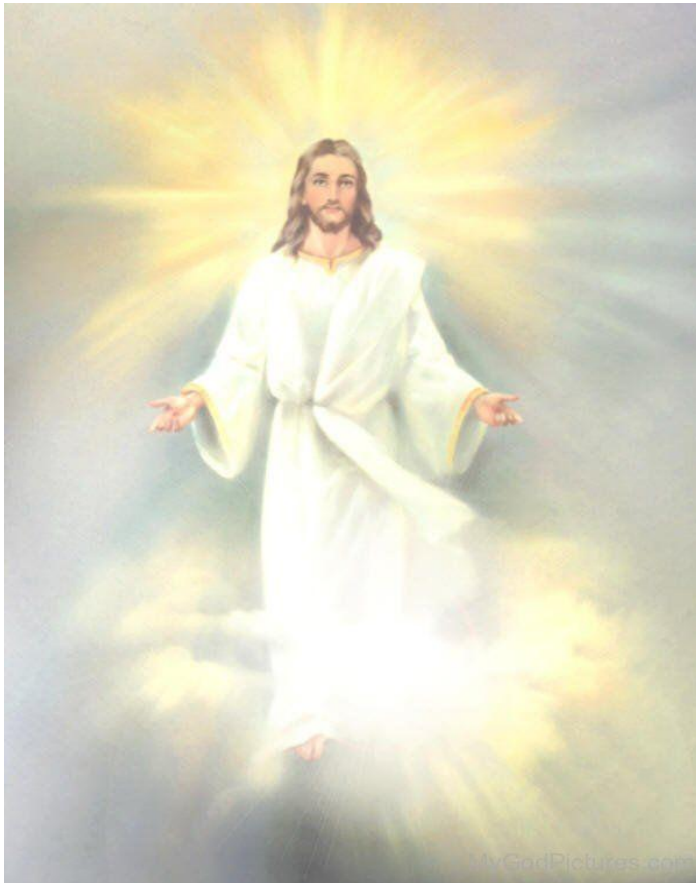
¡Ciertamente que sí! Me lo deja saber todos los días, cuando abro los ojos por la mañana y me regala un día más de vida, cuando oigo la voz de mi marido, de mis hijos, de mi mamá, de los pájaros que pasan por mi casa y, sobre todo, a mis nietos cuando me gritan: ¡abuela llegué! ¡Yo sé que me ama!

Cuando me porto mal, no hago las cosas como deben ser y algo me dice estoy actuando incorrectamente, recuerdo lo que el Señor espera de mí: que sea fiel a su palabra. Siento que es mi Señor que como padre me corrige. Siempre le pido que no permita que me aleje de Él, y siempre fiel a Su palabra y Su promesa de enviarnos al Espíritu Santo, lo cumple todos los días - conmigo y con ustedes.

Martes 12 de mayo, Evangelio Jn 14, 27-31

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “La paz les dejo, mi paz les doy. No se la doy como la da el mundo. No pierdan la paz ni se acobarden. Me han oído decir: ‘Me voy, pero volveré a su lado’. Si me amaran, se alegrarían de que me vaya al Padre, porque el Padre es más que yo. Se lo he dicho ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda, crean.

Ya no hablaré muchas cosas con ustedes, porque se acerca el príncipe de este mundo; no es que él tenga poder sobre mí, pero es necesario que el mundo sepa que amo al Padre y que cumplo exactamente lo que el Padre me ha mandado”.



Reflexión (Jn 14, 27-31)

Jesús se ha apartado con sus discípulos y les recuerda nuevamente su partida. Se aproxima ese momento y debe alertarlos, prepararlos, instruirlos y sobre todo fortalecerlos antes de que esto ocurra. Jesús les dice: <<La paz les dejo, mi paz les doy>>. Él conoce la naturaleza humana y sabe que una noticia fuerte como una partida inminente, una enfermedad terminal, un desastre natural, o la muerte de un ser querido quiebra nuestra estabilidad emocional y la fe. Por eso los alienta con la paz. Esa paz que Él nos comunica proviene de la solidez de su verdad, de su vida, de sus obras. Su testimonio de vida nos llena de paz al conocerlo, tratarlo y saber cuál es nuestra misión en la vida...

Y continúa Jesús: << No pierdan la paz ni se acobarden>>. Este consejo de Jesús me ha mantenido en pie en los momentos difíciles de mi vida. La fe... ha sido mi tabla de salvación. Me he agarrado con todas mis fuerzas de los fundamentos de Aquel en quien he creído, en quien he confiado. Él es el Camino, la Verdad y la Vida para mi existir... No pierdo la paz porque Jesús es la Verdad que no miente ni engaña como el maligno... Vivir en su presencia es conocerlo, experimentarlo, tratarlo en mi relación personal, es comenzar a vivir desde ahora, en la vida terrenal, la vida eterna prometida.

Y yo te digo a ti, hermano(a), ¡Agárrate de la roca que nos salva! ¡Pídele a Jesús que fortalezca tu fe! Si pierdes la paz es porque no estás mirando a Jesús y si te acobardas es porque estás dependiendo únicamente de tus fuerzas. Aférrate a la Verdad que es Jesús y su infinito poder. Si invocas al Espíritu Santo, Él te recordará su Palabra. Sobre todo, tenemos su promesa de que siempre estará con nosotros. Así que, ¡Adora y confía!

Para mantener mi paz, me urge dedicar un tiempo diario para estar en la Presencia en silencio y soledad a la escucha de su Palabra. En ese trato de amistad con él me lleno de su amor, comprensión, ternura y perdón. Luego de leer la Palabra me pregunto, ¿qué me está diciendo el Señor con estas palabras? Medítalas tranquilamente. De ahí surgirán en tu mente obras que hacer, otros modos de actuar, y criterios para tu vida. ¡Déjate moldear por Él como hace el alfarero con su obra!

Hoy, Jesús nos dice nuevamente: <<La paz les dejo, mi paz les doy>>. Ojalá te diga como a mí, “Acoge mi Palabra y tu vida se llenará de paz”.

Martes 13 de mayo, Evangelio Jn 15, 1-8

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “Yo soy la verdadera vid y mi Padre es el viñador. Al sarmiento que no da fruto en mí, él lo arranca, y al que da fruto lo poda para que dé más fruto.

Ustedes ya están purificados por las palabras que les he dicho. Permanezcan en mí y yo en ustedes. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco ustedes, si no permanecen en mí. Yo soy la vid, ustedes los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante, porque sin mí nada pueden hacer. Al que no permanece en mí se le echa fuera, como al sarmiento, y se seca; luego lo recogen, lo arrojan al fuego y arde.

Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran y se les concederá. La gloria de mi Padre consiste en que den mucho fruto y se manifiesten así como discípulos míos”.



Reflexión, Jn 15, 1-8

Una vez más el Señor nos pide que permanezcamos junto a Él. Sólo así daremos fruto abundante. Separados de Él nada podemos hacer. Descubrir el verdadero sentido de la vida es dar fruto, ser personas que en momentos difíciles vivamos con esperanza, fortaleza y alegría. A través de la oración, le podemos pedir a Dios que nos enseñe a vivir y permanecer en Él, que nos llene de su amor para que nuestro testimonio como cristianos sea verdadero y que sea Él el que actúe a través de nosotros para dar fruto en abundancia.

Pidamos al Señor la gracia de ser especialmente sensibles con los miembros de nuestra comunidad que necesitan ayuda.

Siguiendo el mensaje de este texto bíblico, nos debemos preguntar, ¿Cuál es la acción concreta que nos invita Jesús a realizar? En este momento muchos de nuestros hermanos puertorriqueños pasan momentos de grandes dificultades. Algunos no se han recuperado todavía de los estragos de los desastres naturales que nos han afectado. Por fortuna, la solidaridad de nuestro pueblo sale a flote. Hemos respondido con esa fuerza invencible e invisible que nutre nuestra fibra. Desafiando todo tipo de obstáculos, se han atravesado montañas en caravanas para saciar las necesidades de los más vulnerables. No estaremos preparados para enfrentar los fenómenos de la naturaleza, pero para solidarizarnos con las enseñanzas de Jesús y del dolor de quien sufre y necesita, sí estaremos preparados siempre. AC

Miércoles, 14 de mayo, Evangelio Jn 15, 9-17

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “Como el Padre me ama, así los amo yo. Permanezcan en mi amor. Si cumplen mis mandamientos, permanecen en mi amor; lo mismo que yo cumplo los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Les he dicho esto para que mi alegría esté en ustedes y su alegría sea plena.

Este es mi mandamiento: que se amen los unos a los otros como yo los he amado. Nadie tiene amor más grande a sus amigos, que el que da la vida por ellos. Ustedes son mis amigos, si hacen lo que yo les mando. Ya no los llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a ustedes los llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que le he oído a mi Padre.

No son ustedes los que me han elegido, soy yo quien los ha elegido y los ha destinado para que vayan y den fruto y su fruto permanezca, de modo que el Padre les conceda cuanto le pidan en mi nombre. Esto es lo que les mando: que se amen los unos a los otros”.



Reflexión, Jn 15, 9-17

En este evangelio se reitera la alianza del amor de Jesús conmigo. Él me escogió a mí, me ama y es mi amigo incondicional. Me pide que recproque a mi prójimo con amor. ¿Puedo recprocar el amor de Jesús al otro que no conozco, que no actúa como yo, con quien tengo que convivir en momentos de adversidad, no por elección sino porque las circunstancias así lo han determinado (por ejemplo, convivencia en el refugio después de un desastre natural)?

¿Puedo comprender que también soy un extraño para el otro, que tampoco eligió estar ahí? Obviamente, la crisis que estoy viviendo por causa del terremoto me asusta, me duele, me frustra y me hace sentir vulnerable e insegura(o). A veces dudo de la Misericordia de Dios en esos momentos.

¿Dónde está Dios en medio del desastre? Mi amor por otros no puede estar fundamentado en cómo ellos me responden. El amor y la misericordia de Dios hacia mí tampoco es condicionada sobre mi respuesta a Él. Dios está: • En la supervivencia mía y de mi familia en este momento. • En la mano amiga que sin conocerme me ayuda en lo que necesito. • En la ayuda y apoyo que me brindan mis familiares y amigos. • En la capacidad de brindar apoyo a mis hijos aun cuando siento mucho miedo.

A pesar de todo, tengo lo más preciado: mi vida, mi familia, mis amigos y mi fe. En la adversidad tengo al mejor de los amigos, el que no me abandona nunca, Jesús de Nazaret. ¿Cómo puedo expresarle mi amor? ¿Qué puedo hacer para que los otros vean el rostro de Jesús en mí?, Aún en la adversidad de un desastre natural tan fuerte, Él está presente. “Jesús, en ti confío. Amén.”

Viernes, 15 de mayo, Evangelio Jn 15, 12-17

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "Éste es mi mandamiento: que se amen los unos a los otros como yo los he amado. Nadie tiene amor más grande a sus amigos que el que da la vida por ellos.

Ustedes son mis amigos, si hacen lo que yo les mando. Ya no los llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a ustedes los llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que le he oído a mi Padre.

No son ustedes los que me han elegido, soy yo quien los ha elegido y los ha destinado para que vayan y den fruto y su fruto permanezca, de modo que el Padre les conceda cuanto le pidan en mi nombre. Esto es lo que les mando: que se amen los unos a los otros".



Reflexión, Jn 15, 12-17

Jesús nos da un nuevo mandamiento, en una oración corta y simple, que comprende todo un modelo de vida para el discípulo: " Éste es mi mandamiento: que se amen unos a otros como yo los he amado".

Jesús es el modelo, el referente, da su propia vida para redimirnos, no existe amor más grande, ni más desinteresado, ni más perfecto.

¿Qué nos impide amarnos los unos a los otros? Es nuestra naturaleza egoísta la que nos impide poner en práctica su mandamiento. El "amiguismo", las conexiones y relaciones interesadas, el afán de poder y la avaricia, es lo que gobierna nuestras relaciones interpersonales. Este tipo de conducta beneficia a unos y daña a otros.

Cuando me solidarizo con el dolor y el sufrimiento del prójimo, cuando ofrezco techo y abrigo al que no tiene, cuando comparto mi pan y mi trabajo, cuando soy agradecido, respetuoso, cortés, paciente y generoso, cuando soy responsable con el tiempo de otros, cuando doy de mi tiempo para emplearlo en hacer el bien, estoy amando a mi prójimo como a mí mismo; soy amigo de Dios, soy "elegido" para continuar su misión, para amar, repartir amor y que ese amor permanezca.

BR

Sábado 16 de mayo, Evangelio Jn 15, 18-21

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “Si el mundo los odia, sepan que me ha odiado a mí antes que a ustedes. Si fueran del mundo, el mundo los amaría como cosa suya; pero el mundo los odia porque no son del mundo, pues al elegirlos, yo los he separado del mundo.

Acuérdense de lo que les dije: ‘El siervo no es superior a su señor’. Si a mí me han perseguido, también a ustedes los perseguirán, y el caso que han hecho de mis palabras lo harán de las de ustedes. Todo esto se lo van a hacer por mi causa, pues no conocen a aquel que me envió”.



Reflexión, Jn 15, 18-21

Jesús dice que si el mundo odia a sus discípulos es porque antes lo odió a Él. Además, dice que, al Él elegirlos, los separó del mundo. ¿Qué implica en este mundo en que vivimos seguir a Jesús? ¿Cuántas veces seguirlo nos ha costado el rechazo y la no aceptación de otros?

El vivir en Jesús implica alejarse de lo mundano, guardar en perspectiva que nuestro paso por el mundo no es para lo que fuimos creados. Nuestro Señor nos puso en sociedad y es como personas y como sociedad que debemos seguirle, mantenernos en oración siguiendo su palabra. Ser reflejo de su amor y su misericordia. Demostrar amor al prójimo aún ante la adversidad y que estamos en el mundo pero que no somos del mundo.

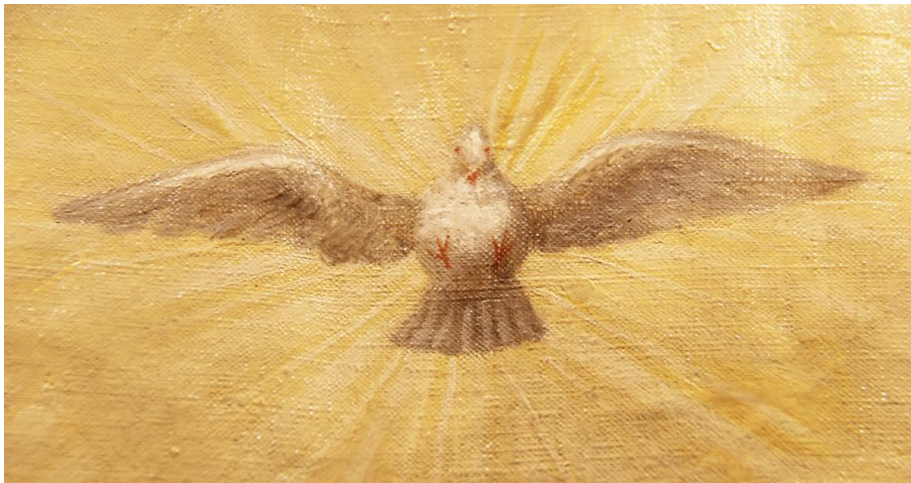
En tiempos difíciles es cuando quizás por desesperanza, miedo, confusión, podemos pensar que sólo nos brindarán paz y seguridad los bienes y la aceptación del mundo. Pero, aunque necesitemos de éstos para nuestra sobrevivencia, lo que realmente nos mantiene en pie ante la adversidad es la seguridad de que Él vela por sus hijos, que es un padre amoroso y misericordioso y que nos da la fuerza para seguir adelante. GO

Domingo, 17 de mayo, Evangelio Jn 14, 15-21

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “Si me aman, cumplirán mis mandamientos; yo le rogaré al Padre y él les dará otro Paráclito para que esté siempre con ustedes, el Espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo, porque no lo ve ni lo conoce; ustedes, en cambio, sí lo conocen, porque habita entre ustedes y estará en ustedes.

No los dejaré desamparados, sino que volveré a ustedes. Dentro de poco, el mundo no me verá más, pero ustedes sí me verán, porque yo permanezco vivo y ustedes también vivirán. En aquel día entenderán que yo estoy en mi Padre, ustedes en mí y yo en ustedes.

El que acepta mis mandamientos y los cumple, ése me ama. Al que me ama a mí, lo amará mi Padre, yo también lo amaré y me manifestaré a él”.



Reflexión, Jn 14, 15-21

¡Qué hermoso regalo de amor nos hace Jesús en este evangelio de Juan! Nos promete un amigo que habitará con nosotros para siempre, que nos amparará hasta el fin de nuestros días y que nos manifestará el amor del Padre y del Hijo por nosotros. Ese Paráclito, el Espíritu Santo, será nuestro consolador en las tristezas, nuestro proveedor en las necesidades y nuestro compañero en las alegrías. ¡Cuánta fortaleza me da esa promesa!

En los momentos de soledad y desaliento que he experimentado luego de la pérdida de mi compañero de vida, he sentido el firme apoyo de ese Espíritu consolador y amoroso. La certeza de que, si amo a Jesús y cumplo sus mandamientos, tendré el amor del Padre y del Hijo y lo veré manifestado en la presencia del Espíritu Santo en mi vida, me brinda serenidad. En mi presente estado de ánimo, es la fe en el cumplimiento de esa promesa lo que me permite afrontar con valor y confianza la incertidumbre sobre mi futuro.

Roguemos, pues, para que confiados en la seguridad de que el Espíritu Santo habita siempre entre nosotros, su presencia brinde equilibrio y tranquilidad a nuestras vidas. GE

Lunes, 18 de mayo, Evangelio Jn 15, 26–16, 4

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “Cuando venga el Consolador, que yo les enviaré a ustedes de parte del Padre, el Espíritu de la verdad que procede del Padre, él dará testimonio de mí y ustedes también darán testimonio, pues desde el principio han estado conmigo.

Les he hablado de estas cosas para que su fe no tropiece. Los expulsarán de las sinagogas y hasta llegará un tiempo, cuando el que les dé muerte creerá dar culto a Dios. Esto lo harán, porque no nos han conocido ni al Padre ni a mí. Les he hablado de estas cosas para que, cuando llegue la hora de su cumplimiento, recuerden que ya se lo había predicho yo”.



Reflexión, Jn 15, 26-16, 4

En estos tiempos en que Puerto Rico vive, podríamos fácilmente dar la espalda a Dios o pensar que Él se ha olvidado de nosotros, o incluso, que nos está castigando. Primero Irma y María; y ahora los temblores.

Dios es un Dios de amor, pues Él es Amor. Hoy Jesús nos dice: "Cuando venga el Consolador, el Espíritu de la verdad...El dará testimonio de Mí". Pero ¿cómo puedo ser testigo de esa Verdad y dar testimonio de ella si ante la adversidad renuncio a ésta?

Cuando parece que todo se viene abajo, el Señor se manifiesta. José M. Olaizola nos dice: "En la frialdad de la piedra, un cincel encuentra la ruta de la belleza". ¿Por qué no acudir a Cristo los que estamos cansados de buscar, de pedir sin aparentemente no recibir?

No es fácil perder y tendemos a aferrarnos a lo carnal. Él dijo: "El Espíritu es el que da vida, la carne no sirve para nada" (Jn 6, 63-64). "El hombre trata su camino, pero el Señor dirige sus pasos". Proverbios (16, 9). VR

Martes, 19 de mayo, Evangelio Jn 16, 5-11

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “Me voy ya al que me envió y ninguno de ustedes me pregunta: ‘¿A dónde vas?’ Es que su corazón se ha llenado de tristeza porque les he dicho estas cosas. Sin embargo, es cierto lo que les digo: les conviene que me vaya; porque si no me voy, no vendrá a ustedes el Paráclito; en cambio, si me voy, yo se lo enviaré.

Y cuando él venga, establecerá la culpabilidad del mundo en materia de pecado, de justicia y de juicio; de pecado, porque ellos no han creído en mí; de justicia, porque me voy al Padre y ya no me verán ustedes; de juicio, porque el príncipe de este mundo ya está condenado”.



Reflexión, Jn 16, 5-11

Vemos a Jesús despidiéndose de sus discípulos después de su última Cena. Jesús está allí, con sus amigos, cuando anuncia su partida hacia Aquel que lo envió. Les dice que sabe que esto los llena de mucha tristeza, pero que esto es requerido e incluso conveniente para ellos, pues van a recibir al Protector, “El Espíritu de la Verdad”.

Jesús sabe que ya están cerca durísimos momentos de prueba para todos, para Él y también para sus discípulos. Dios Padre y Dios Hijo en su infinita misericordia enviarán el Espíritu para revelar la Verdad, para penetrar el corazón del hombre, para iluminar su entendimiento y rechazar el pecado. Jesús nos dice que el pecado es igual a no creer en Él, quien todo lo hizo nuevo para nosotros por amor. Con el Espíritu también quedarán establecidos la justicia y el juicio, pues Jesús vence sobre el pecado, regresará al Padre y el mal ya vencido no tendrá la última palabra.

¡Cuán difíciles las despedidas! Nos derrumban. ¿Cuánto nos cuesta aceptar las pérdidas o soltar algunas cosas materiales, espirituales o sentimentales que no nos dejan ser libres? En la última semana, en nuestra comunidad parroquial, hemos experimentado varias muertes de seres muy queridos. Algunas ya las anticipábamos, otras no. Hay mucho dolor, también mucha unión y mucha oración. ¡Cuán inquietante es ver lo pasajero de la vida, lo vulnerable que somos, lo atados que estamos a tantas tonterías. ¡Cómo nos cuesta ver lo que realmente es importante en nuestra vida y la verdadera gracia de la fe!

¡Señor, Jesús mío, que siempre pueda decir: creo en tu Palabra, Jesús, en Ti confío, especialmente en medio de la angustia, la pérdida, el dolor, la incertidumbre, la enfermedad. ¡Que en la miseria del pecado pueda volverme a ti! ¡Y habite en mí el Espíritu Santo y su gracia!

IF

Miércoles, 20 de mayo, Evangelio Jn 16, 12-15

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "Aún tengo muchas cosas que decirles, pero todavía no las pueden comprender. Pero cuando venga el Espíritu de la verdad, él los irá guiando hasta la verdad plena, porque no hablará por su cuenta, sino que dirá lo que haya oído y les anunciará las cosas que van a suceder. Él me glorificará, porque primero recibirá de mí lo que les vaya comunicando. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho que tomará de lo mío y se lo comunicará a ustedes"



Reflexión, Jn 16, 12-15

La Santísima Trinidad, misterio de Fe, representa al Dios Trino. Para que podamos comprender este gran misterio, base primordial de nuestra fe, Dios Padre propicia el acercamiento al Espíritu Santo. Jesús le dice a sus discípulos que, para que podamos entender en toda su plenitud los misterios de nuestra fe, debemos invocar la intercesión de Dios Espíritu Santo. Es el Espíritu Santo quien nos guía, acompaña y ayuda a entender y comprender el camino hacia la Verdad Eterna.

Jesús sabe que para nosotros es bien difícil comprender "las Verdades", pilares de nuestra fe, que tanto Él como Su Padre han de revelarnos. Comprendiendo esa necesidad, es el Espíritu Santo, nos asegura Jesús, quien nos capacitará. Por eso, en cada minuto de nuestras vidas debemos invocar Su presencia y compañía. Tanto en los momentos de alegría y satisfacción, como en aquellos de gran dificultad y dolor debemos considerar al Espíritu Santo como nuestro compañero y maestro. Es Él quien estará a nuestro lado, Él quien nos abrirá el entendimiento y nos dará fortaleza y consuelo.

¡Invoquemos continuamente al Espíritu Divino! "Ven Espíritu Santo, llena los corazones de Tus fieles y enciende en ellos el fuego de Tu amor. Envía tu Espíritu y todo será creado."

Jueves, 21 de mayo, Evangelio, Jn 16, 16-20

Dentro de poco no me veréis, poco después me veréis. Los discípulos comentaban unos a otros: "¿Qué es lo que dice? Dentro de poco no me veréis, poco después me veréis; y ¿eso es porque voy al Padre?" Ellos decían: "¿A qué poco tiempo se refiere? No entendemos lo que dice". Jesús comprendió que querían preguntarle y les dijo: "Discutís entre vosotros acerca de lo que os dije, que dentro de poco no me veréis y poco después me veréis. Os aseguro que lloraréis y os lamentaréis mientras el mundo se divierte; estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo".



Reflexión Jn 16, 16-20

Me contemplo junto a los discípulos y experimento su desconcierto ante las palabras de Jesús. ¿A dónde vas, Señor? ¿Por qué dejaremos de verte y luego te volveremos a ver? No nos dejes solos en estos momentos en que tanto te necesitamos.

Aunque Jesús no responde a las preguntas de los discípulos, Él les deja una palabra de confianza y esperanza: "Ustedes estarán tristes pero esa tristeza se convertirá en gozo." Aunque no lo podían comprender aún, Jesús les hablaba de su muerte y resurrección, anunciándoles que serían probados, que sufrirán mucho, que se iban a encontrar solos ante un mundo hostil que los perseguiría. Aun así, Jesús les asegura que su tristeza sería pasajera. Jesucristo les deja a sus discípulos una promesa de felicidad, de esperanza y de gozo.

Del mismo modo Jesús nos habla hoy a nosotros. Sus palabras me hacen reflexionar sobre las emociones y los distintos estados de ánimo que hemos estado sintiendo como pueblo. Respiramos una atmósfera de confusión, tristeza, desánimo y falta de esperanza. Jesús nos dice que la prueba y la tristeza pasarán y sólo aquellos que vivimos iluminados por la luz de su Resurrección encontraremos esperanza, alegría y gozo en medio de la adversidad.

"Qué el Señor nos libre de esta terrible trampa de ser cristianos sin esperanza, que viven como si el Señor no hubiera resucitado y nuestros problemas fueran el centro de la vida." (Homilía de S.S. Francisco, 26 de marzo de 2016)

Viernes, 22 de mayo, Evangelio, Jn 16:16-20

Dentro de poco no me veréis, poco después me veréis. Los discípulos comentaban unos a otros: "¿Qué es lo que dice? Dentro de poco no me veréis, poco después me veréis; y ¿eso es porque voy al Padre?"

Ellos decían: "¿A qué poco tiempo se refiere? No entendemos lo que dice". Jesús comprendió que querían preguntarle y les dijo: "Discutís entre vosotros acerca de lo que os dije, que dentro de poco no me veréis y poco después me veréis. Os aseguro que lloraréis y os lamentaréis mientras el mundo se divierte; estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo".



Reflexión, Juan 16:16-20

Jesús, igual que le dijo a sus discípulos que "dentro de poco tiempo no me verán, y dentro de otro poco me volverán a ver", nos dice a cada uno de nosotros que no tenemos tiempo para nada, porque siempre estamos ocupados con tantas cosas de la vida diaria, que no estamos sacando tiempo para la oración. Esta falta de oración no nos permite darnos cuenta que Jesús siempre está a nuestro lado. Tenemos que aprender a vaciarnos de todo lo que no nos permite ese encuentro con Jesús.

A través de los sucesos naturales que ocurren, Jesús nos da la oportunidad de reflexionar, dejar atrás todo lo que nos llenaba, y cambiar nuestra vida con la experiencia vivida. En ese nuevo camino, Jesús nos va transformando para que veamos que siempre nos ha acompañado en cada tribulación y sufrimiento que hemos tenido; y que volveremos a la alegría que nos da su amor y gracia al encontrarlo en cada hermano que tenemos a nuestro lado.

Sábado 23 de mayo, Evangelio, Jn 16, 23-28

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Yo os aseguro, si pedís algo al Padre en mi Nombre, os lo dará. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi Nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestra alegría sea completa. Os he hablado de esto en comparaciones; viene la hora en que ya no hablaré en comparaciones, sino que os hablaré del Padre claramente. Aquel día pediréis en mi Nombre, y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el Padre mismo os quiere, porque vosotros me queréis y creéis que yo salí de Dios. Salí del Padre y he venido al mundo, otra vez dejo el mundo y me voy al Padre."



Reflexión, Juan 16, 23-28

El huracán Hugo fue un evento atmosférico que produjo grandes estragos en este país, particularmente en el área metropolitana. Para esa ocasión se nos ocurrió refugiarnos en casa de unas amistades. A medida que arreciaban los vientos, a mi hijo mayor, que en esa fecha era adolescente, le sobrevino un ataque de pánico. Esto produjo en nuestra familia un estado de caos y confusión, factor que nos indujo a ponernos en oración. Nuestra fe y confianza en el Señor me ayudó a superar los miedos y contratiempos...

Al igual que Hugo, el huracán George produjo en mi interior momentos de incertidumbre, pero gracias a la Misericordia del Señor, logré mantener la calma. Esto, gracias a las oraciones y peticiones que le presenté tanto al Padre como a su Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, reafirmando así lo postulado en el Evangelio de Juan que nos invita a que recurramos al Padre en Su nombre y que todo lo que pidamos, Él nos lo concederá...

Otro acontecimiento que me afectó considerablemente y que produjo un gran impacto en toda la Isla fue el huracán María, cuya furia dejó toda una estela de destrucción y desolación, causando graves daños, especialmente en el Este del país. Ante esta situación, motivados por la misericordia del Señor, los miembros de la organización CVX, a la que pertenezco, determinamos ayudar a los afectados en Yabucoa y Humacao. Participar en esta misión produjo en mí una gran satisfacción y consolación al ver en los rostros de los damnificados su alegría y agradecimiento por la ayuda recibida. ¡La misericordia del Señor se manifestó en todas sus dimensiones!

Aunque los sismos de los últimos días en el área suroeste de nuestra Isla no me han afectado directamente, sí lo han hecho indirectamente, al afectar emocionalmente y de otras maneras a familiares que residen en esa área. Con fe y esperanza confiamos en que el Señor, con su Divina Misericordia, nos proteja y con su eterno amor nos colme de bendiciones. En ti confío, Señor.

Domingo, 24 de mayo, Evangelio Mt 28, 16-20

Pero los once discípulos se fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado.

Y cuando le vieron, le adoraron; pero algunos dudaban.

Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.

Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.



Reflexión, Mt 28, 16-20

Necesitamos otro tipo de incendio en el mundo, no el fuego destructor que ha querido devastar tantos lugares, tantos - California, el Amazona, Australia... Necesitamos encender los corazones que se encuentran paralizados por sus heridas, como nos dice el Papa Francisco, pensar la Iglesia como "Hospital de Campo". Necesitamos salir al encuentro, llenos de su Espíritu como los apóstoles, renovados en Pentecostés. Encendidos en el fuego, de su Amor.

Jesús nos envía como Iglesia en salida al encuentro, a darnos. Dice La Palabra que Él ha sido ungido para poner en libertad a los cautivos, sanar a los enfermos, llevar Buenas Noticias a los pobres. A Jesús le ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra, y es Él quien envía a bautizar, a hacer discípulos, a cumplir lo que nos ha enseñado, pero no nos deja solos. Aumentemos nuestra fe y proclamemos la esperanza de que Él vive, está con nosotros, y nos acompaña hasta el fin.

Esta reflexión es a la vez mi súplica y mi llamado a servir. Los acontecimientos desde el Huracán María y la situación de mi país me han cambiado la vida. He perdido lo que creía era mi retiro, mi estabilidad, para mantenerme en la vejez. He tenido que mudarme, estoy empezando una oficina, estoy en el proceso de comenzar de nuevo...

Doy Gracias porque Dios me ha permitido estar en este lugar y experimentar este dolor. Doy gracias por cada herida sufrida, porque con el terremoto conozco de adentro el dolor, siempre único y distinto para cada corazón y las angustias de lo no dicho, comunicado o comprendido. Doy gracias porque sólo con la fuerza y la gracia del Evangelio vivo, me muevo, persevero y creo que otro día está por llegar, para mi casa, para todos.

Yo, con mis venas abiertas, con mis heridas, también soy quien recibe Su infinita misericordia; me siento interpelada al ser enviada por mi Señor, por su Gracia, a acompañar al que sufre, al herido en este "hospital de campo"...

"La misericordia auténtica se hace cargo de la persona, la escucha atentamente, se acerca con respeto y con verdad, a su situación, y la acompaña en el camino de la reconciliación". (Papa Francisco, Encuentro con sacerdotes, 6 de marzo 2014).

Lunes, 25 de mayo, Evangelio. Jn 16: 29-33

Los discípulos le dijeron: "Ahora sí que hablas con claridad, sin usar parábolas. Ahora vemos que lo sabes todo y no hay por qué hacerte preguntas. Ahora creemos que saliste de Dios". Jesús les respondió: "¿Ustedes dicen que creen? Está llegando la hora, y ya ha llegado, en que se dispersarán cada uno por su lado y me dejarán solo. Aunque no estoy solo, pues el Padre está conmigo. Les he hablado de estas cosas para que tengan paz en mí. Ustedes encontrarán la persecución en el mundo. Pero ánimo, yo he vencido al mundo"



Reflexión, Juan 16: 29-33

Oh mi Señor; seré capaz de tener fe y confianza en Ti; que en mi humanidad soy débil ante la tentación y te traiciono. Tu respuesta siempre es una chispa de gracia suscitada desde tus entrañas por Tu misericordia para perdonarme y darme nuevamente la paz. Nunca estás lejos.

¿Creo y confío en Ti, Señor?

Sé que constantemente llegas a mí, sé que existes, pero me diluyo con el deseo de hacer mi voluntad y te abandono; no es hasta que estoy en la tumba de la desesperanza que por Tu gracia me acuerdas que estás presente conmigo y te llamo y me resucitas. Vencemos juntos.

Martes 26 de mayo, Evangelio Jn 17, 1-11

En aquel tiempo, Jesús levantó los ojos al cielo y dijo: “Padre, ha llegado la hora. Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo también te glorifique, y por el poder que le diste sobre toda la humanidad, dé la vida eterna a cuantos le has confiado. La vida eterna consiste en que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado.

Yo te he glorificado sobre la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste. Ahora, Padre, glorifícame en ti con la gloria que tenía, antes de que el mundo existiera.

He manifestado tu nombre a los hombres que tú tomaste del mundo y me diste. Eran tuyos y tú me los diste. Ellos han cumplido tu palabra y ahora conocen que todo lo que me has dado viene de ti, porque yo les he comunicado las palabras que tú me diste; ellos las han recibido y ahora reconocen que yo salí de ti y creen que tú me has enviado.

Te pido por ellos; no te pido por el mundo, sino por éstos, que tú me diste, porque son tuyos. Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío. Yo he sido glorificado en ellos. Ya no estaré más en el mundo, pues voy a ti; pero ellos se quedan en el mundo”.

Reflexión, Jn 17, 1-11

Señor, Tú sufres las desgracias y los quebrantos del mundo en que vivimos, como los terremotos, los huracanes, la pobreza y riqueza extremas, las epidemias, los abusos de poder, el enfoque indebido de los intereses económicos y los excesos de placer.

Por amor al mundo, enviaste a Jesús para que nos enseñara cómo vivir. Únicamente, con su ejemplo y por medio de Tu gracia, podemos ser fuentes de esperanza y amor en el mundo.

Por el amor que hemos recibido de Ti, no queremos defraudarte. En Ti confiamos para caminar contigo y cumplir con nuestra misión. Ruega por nosotros y que nada ni nadie nos separe de ti.



Miércoles 27 de mayo, Evangelio Jn 17, 11-19

En aquel tiempo, Jesús levantó los ojos al cielo y dijo: “Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno, como nosotros. Cuando estaba con ellos, yo cuidaba en tu nombre a los que me diste; yo velaba por ellos y ninguno de ellos se perdió, excepto el que tenía que perderse, para que se cumpliera la Escritura.

Pero ahora voy a ti, y mientras estoy aún en el mundo, digo estas cosas para que mi gozo llegue a su plenitud en ellos. Yo les he entregado tu palabra y el mundo los odia, porque no son del mundo, como yo tampoco soy del mundo. No te pido que los saques del mundo, sino que los libres del mal. Ellos no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo.

Santifícalos en la verdad. Tu palabra es la verdad. Así como tú me enviaste al mundo, así los envío yo también al mundo. Yo me santifico a mí mismo por ellos, para que también ellos sean santificados en la verdad”.



Reflexión, Jn 17, 11-19

Desde mi fe, me fortalece saber que seguir a Jesús es vivir del Espíritu de verdad que el Padre envía en su nombre. Jesús nos enseña el amor incondicional del Padre y nos inspira las grandes peticiones de la oración del Padre nuestro.

Desde que practico los Ejercicios Espirituales de San Ignacio he ido comprendiendo la verdad que Jesús nos presenta en la oración que Él mismo nos enseñó. He ido comprendiendo y experimentando el amor incondicional que Dios Padre me ofrece como hija amada. Su amor incondicional me mueve a desear y vivir los valores de su Reino y me conduce hacia la realización de la voluntad del Padre. Sentirme y vivir como hija amada ha sido el motivo por el cual he experimentado la sanación del cáncer que padecí hace varios años. Desde luego, con la intervención de la medicina; pero experimentar en lo profundo de mi ser el amor del Padre, ha sido para mí fuente de sanación y salvación.

Decimos en la oración que Jesús nos enseñó: “no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal”. El nombre de Dios se nos ha revelado y dado en la carne, en Jesús como Salvador. Mi experiencia me hace ver claro lo que dice en el Evangelio según San Juan: “En aquel tiempo, Jesús levantó los ojos al cielo y dijo: Padre Santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno, como nosotros”.
MA

Jueves 28 de mayo, Evangelio Jn 17, 20-26

En aquel tiempo, Jesús levantó los ojos al cielo y dijo: “Padre, no sólo te pido por mis discípulos, sino también por los que van a creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti somos uno, a fin de que sean uno en nosotros y el mundo crea que tú me has enviado.

Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, para que su unidad sea perfecta y así el mundo conozca que tú me has enviado y que los amas, como me amas a mí.

Padre, quiero que donde yo esté, estén también conmigo los que me has dado, para que contemplen mi gloria, la que me diste, porque me has amado desde antes de la creación del mundo.

Padre justo, el mundo no te ha conocido; pero yo sí te conozco y éstos han conocido que tú me enviaste. Yo les he dado a conocer tu nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que me amas esté en ellos y yo también en ellos”.



Reflexión, Jn 17, 20-26

En este trozo del Evangelio de Juan, se puede apreciar la relación recíproca de amor y perfecta unidad entre el Padre Celestial, su Hijo Jesucristo y todo verdadero discípulo de Jesús. Este pasaje se conoce como la Oración Sacerdotal de Jesús, la cual le dirige al Padre antes de entrar en la Pasión.

Mediante su oración, Jesús suplica a su Padre que le conceda a todo discípulo suyo la unidad perfecta que existe entre ellos dos por el Amor. Así, el mundo ha de creer en Jesús como el Enviado del Padre y su amor ha de permanecer en quienes le han conocido.

Al igual que Jesús, yo he tenido momentos muy difíciles de sufrimiento en mi vida. Algunos de estos momentos han sido asociados a pérdidas de seres amados, traiciones, momentos de soledad, impotencia y frustración. En todas estas situaciones perseverar en oración, confiando en la Compañía y Providencia Divina, me han mantenido con esperanza en el día a día de la vida.

Sin duda alguna, apoyada en la fe, con confianza, esperanza y amor a Dios; así como demostrando mi amor al prójimo con obras de misericordia es como el peregrinaje en esta vida se hace más llevadero.

...Las obras de compasión y solidaridad que realizamos con las personas que encontramos en este mundo, es lo que hará que éstas puedan creer en la existencia y/o el amor incondicional, providente y fiel de Dios. Todo ello aun en situaciones tan dolorosas como las experimentadas en los pasados huracanes, terremotos, etc.

MD

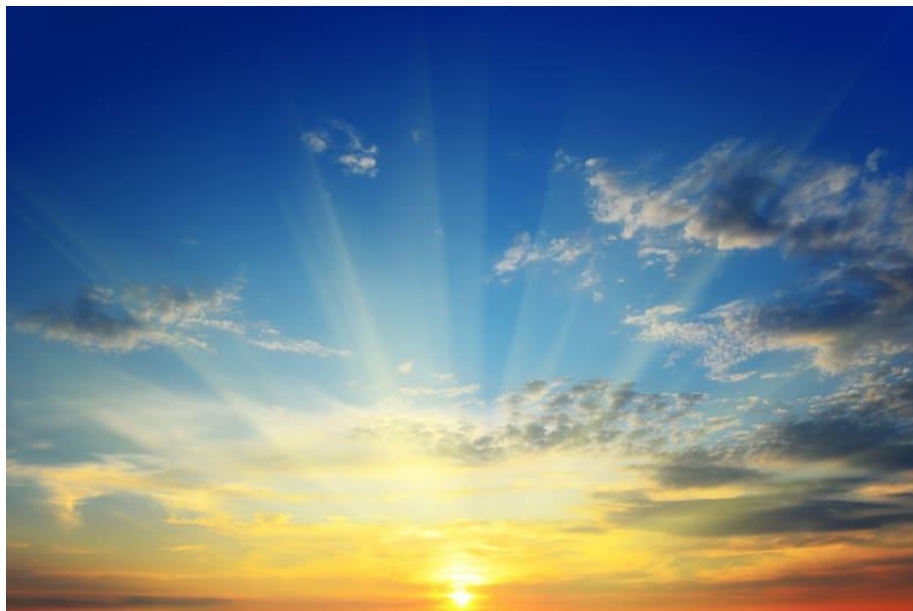
Viernes 29 de mayo, Evangelio Jn 21, 15-19

En aquel tiempo, le preguntó Jesús a Simón Pedro: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?” Él le contestó: “Sí, Señor, tú sabes que te quiero”. Jesús le dijo: “Apacienta mis corderos”.

Por segunda vez le preguntó: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?” Él le respondió: “Sí, Señor, tú sabes que te quiero”. Jesús le dijo: “Pastorea mis ovejas”.

Por tercera vez le preguntó: “Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?” Pedro se entristeció de que Jesús le hubiera preguntado por tercera vez si lo quería, y le contestó: “Señor, tú lo sabes todo; tú bien sabes que te quiero”. Jesús le dijo: “Apacienta mis ovejas”.

Yo te aseguro: cuando eras joven, tú mismo te ceñías la ropa e ibas a donde querías; pero cuando seas viejo, extenderás los brazos y otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras”. Esto se lo dijo para indicarle con qué género de muerte habría de glorificar a Dios. Después le dijo: “Sígueme”.



Reflexión, Jn 21, 15-19

Como cristiana he perseverado en el camino de Dios, pero no había comprendido lo que Dios me pide. La relación de esta palabra con mi vivencia personal ha sido una de impacto, porque como el apóstol Pedro, le he fallado a Dios, no le he servido completamente, como Dios quiere.

Me he caído pero el Señor me ha levantado como lo hizo con el apóstol Pedro. He visto y vivido cómo Jesús me ha sanado de cáncer, también como ha reconciliado la relación de hijo con su madre. Él me ha protegido de todo peligro y he visto como Su misericordia y Su gran amor han obrado sobre mí. Con oración y ayuno mi Fe en Dios es la que me ha ayudado y con Su gracia me ha bendecido.

Le he fallado a Jesús, pero Él siempre con sus brazos abiertos con Su gran amor y misericordia me ha perdonado, así como lo hizo con el apóstol San Pedro; cuando le preguntó tres veces: ¿Me amas, me quieres? Y el apóstol Pedro le contesta: Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te amo. En este evangelio Él también me pregunta a mí. Jesús no me pregunta si había estudiado teología. Sólo me pregunta: “¿Me amas?” El amor de Dios es la fuerza que me sustenta para ir a la misión de servir, a la cual he sido llamada. Mi respuesta es: Señor Tú lo sabes todo. Señor, Tú sabes cuánto te amo. Quiero servirte a Ti y a mis hermanos con amor... hablar de Tus promesas y hablarles de cuánto Tú nos ama.

Como el apóstol Pedro que siguió a Jesús, del mismo modo le digo a Jesús: aquí estoy para seguirte, para serte fiel en la oración, en la formación y en el apostolado. Con Su gracia, lo estoy logrando.

Sábado, 30 de mayo, Evangelio Jn 21, 20-25

En aquel tiempo, Jesús dijo a Pedro: “Sígueme”. Pedro, volviendo la cara, vio que iba detrás de ellos el discípulo a quien Jesús amaba, el mismo que en la cena se había reclinado sobre su pecho y le había preguntado: ‘Señor, ¿quién es el que te va a traicionar?’ Al verlo, Pedro le dijo a Jesús: “Señor, ¿qué va a pasar con éste?” Jesús le respondió: “Si yo quiero que éste permanezca vivo hasta que yo vuelva, ¿a ti qué? Tú, sígueme”.

Por eso comenzó a correr entre los hermanos el rumor de que ese discípulo no habría de morir. Pero Jesús no dijo que no moriría, sino: ‘Si yo quiero que permanezca vivo hasta que yo vuelva, ¿a ti qué?’

Éste es el discípulo que atestigua estas cosas y las ha puesto por escrito, y estamos ciertos de que su testimonio es verdadero. Muchas otras cosas hizo Jesús y creo que, si se relataran una por una, no cabrían en todo el mundo los libros que se escribieran.



Reflexión, Jn 21, 20-25

Impotencia - Desorientación - Incapacidad: Son sentimientos que resaltan al reflexionar sobre mi propia experiencia ante los eventos de la naturaleza que nos han afectado recientemente... La magnitud y fortaleza que manifiesta la naturaleza resalta claramente nuestra vulnerabilidad y debilidad... La vida de muchas personas cambia y es difícil comprender el por qué y hacia donde nos dirigimos. Es fácil confundirnos y pensar que son eventos negativos pero estos desastres y catástrofes son simplemente parte de un ciclo de vida que no entendemos. Cuando nos sentimos impotentes, confundidos, desorientados y pensamos que somos incapaces de poder ayudar al más necesitado, podemos sentir que no cumplimos con nuestra parte, y con lo que Jesús nos enseña a través de los evangelios. Sólo nuestra fe, nuestra continua búsqueda en la palabra es lo que nos permite sanar nuestros sentimientos para poder ver con más claridad y así cumplir con la voluntad de Dios.

En este pasaje del evangelio San Juan nos cuenta como Jesús siempre hablaba claramente pero los que le acompañaban no siempre escuchaban. Él también nos habla claramente pero no siempre le escuchamos. Cuando Jesús le dice a Pedro “Sígueme”, también nos lo está diciendo a nosotros... Si le seguimos tal y como Él dice... el propósito de nuestra vida cotidiana tendrá mayor sentido y nos ayudará a eliminar los sentimientos de incapacidad, impotencia y desorientación. Disfrutar un momento de silencio a diario nos permite escucharle para poder seguir Su camino y alcanzar nuestra salvación.

También me llama la atención cuando Pedro le pregunta sobre el destino del que le va a traicionar y Jesús le contesta: “¿a ti, qué? Tú, sígueme”. ¿Por qué cuestionar sobre las cosas que suceden a nuestro alrededor y que no siempre entendemos? “¿A nosotros qué?” Jesús lo dice bien claro, debemos seguirle. Cada duda, cada inquietud que nos pueda llevar a un estado de incapacidad e impotencia debe ser aclarada con la luz del Señor. ¡Sigamos a Jesús!

Domingo, 31 de mayo, Evangelio, Jn 20, 19-23

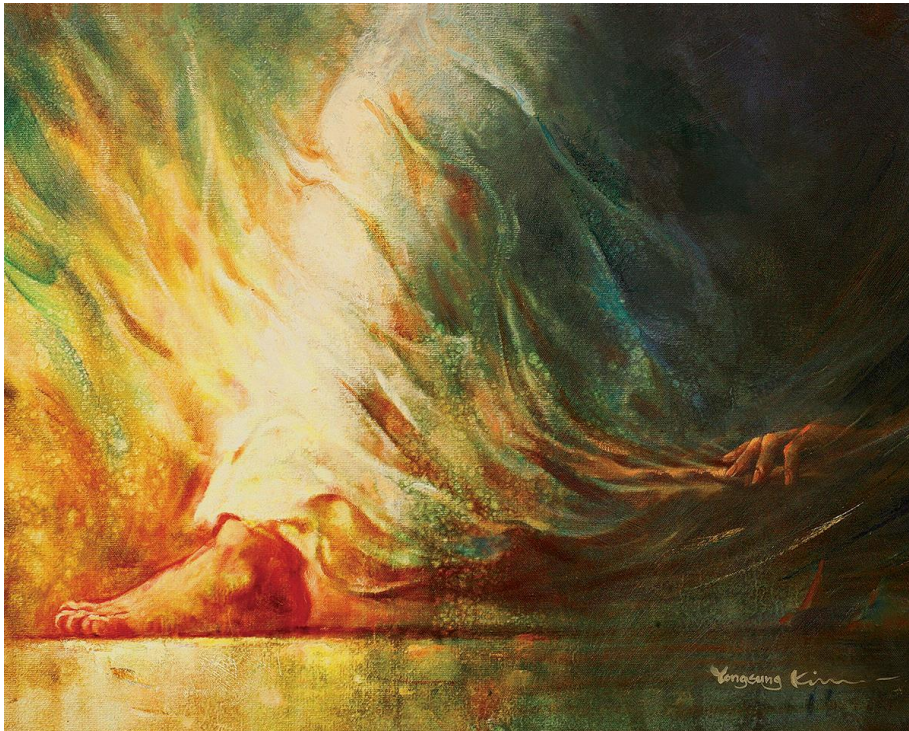
La noche de ese mismo día, el primero de la semana, los discípulos estaban reunidos a puerta cerrada en un lugar, por miedo a los judíos. En eso llegó Jesús, se puso en medio y les dijo: «La paz sea con ustedes.»

Y mientras les decía esto, les mostró sus manos y su costado. Y los discípulos se regocijaron al ver al Señor.

Entonces Jesús les dijo una vez más: «La paz sea con ustedes. Así como el Padre me envió, también yo los envío a ustedes.»

Y habiendo dicho esto, sopló y les dijo: «Reciban el Espíritu Santo.

A quienes ustedes perdonen los pecados, les serán perdonados; y a quienes no se los perdonen, no les serán perdonados.»



Reflexión, Jn 20, 19-23

Cuando Jesús se le apareció a los discípulos, ellos estaban tristes y al verlo, la alegría se hizo presente en ellos y el miedo se fue.

También nosotros estamos tristes con los eventos de la naturaleza que han ocurrido en Puerto Rico. Durante los huracanes me fui a Arizona, pues mis hijos querían seguridad para mí, que ya tengo muchos años de edad.

Es el momento de estar cerca de Dios. Él nos protegerá y nos ayudará en los momentos difíciles y nos traerá la paz que necesitamos. Me apena mucho la situación de los que han perdido sus casas con los temblores de tierra. Hay que orar mucho para que Cristo nos ayude y nos mande la paz que sólo Él da. También el Espíritu Santo estará con nosotros todo el tiempo. Ora... ten fe y verás que todo pasará.

Cada día la Iglesia nos da las herramientas para seguir...Confía y pídele a Dios que esté contigo en todo momento.